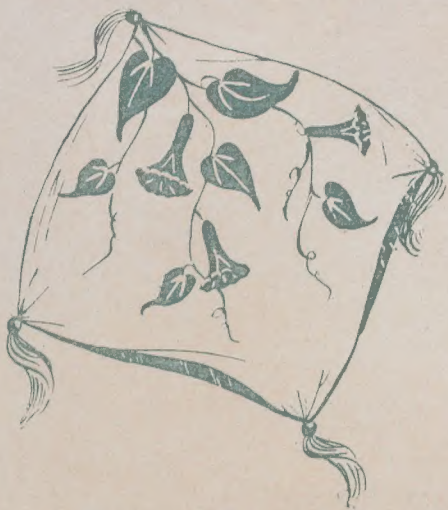


...“asegurar los beneficios de la libertad, para nosotros, para nuestra posteridad, y para todos los hombres del mundo que quieran habitar el suelo argentino”...



“Cría cuervos”...

Notas femeninas



Creo amables lectoras que haréis buena acogida a los múltiples modelos que adornan esta página. Todos ellos son de gran riqueza y de una composición modernísima.

Tomemos si queréis el motivo central que representa el adorno total de una chimenea real o simulada. El bandeau se compone de una guirnalda de flores llamadas clématides. El fondo es de pongé color oro y las flores son aplicadas, es decir recortadas sobre un terciopelo violeta y el corazón se hace bordado en puntos lanzados en tono verde y los tallos en amarillo. A la orilla lleva un fleco en tono amarillo o bien violeta. La pantalla de pie o écran que se coloca delante de la chimenea es en satin bordada en seda floche, pudiendo ser más original aún tratada con seda color bleu-paon y oro sobre un fondo negro en satin o bien bordado en seda color oro sobre un fondo violeta y mejor aún sería combinando el bordado en tonos oro y bleu-paon sobre fondo de satin color mandarina pálido. Todo depende del conjunto de amueblamiento con el cual el écran o pantalla de pie debe armonizarse.

Pasemos al almohadón que se ve en el suelo. Va adornado con un pájaro de terciopelo negro o azul obscuro.

Después de haber recortado el pájaro dentro de un pedazo de terciopelo se hilvana sobre el fondo de seda y con una hebra de seda a bordar se festonea todo el contorno. Las ramas del árbol se bordan en seda negra y la luna es de satin blanco sertie con un punto de seda negra en su contorno. Su forma es redonda con un cordón de seda todo alrededor. El color del almohadón es un bello color naranja, pudiendo ser también en tono cereza o azul crepuscular y mide 0m. 50 centímetros de diámetro.

Veo también un novedoso plafonnier que tiene la forma de una linterna japonesa. Se compone de unos tres círculos superpuestos de mayor a menor. Van tendidos con una seda tal como taffetas o pongé en tono violeta y adornados con pequeños frutos hechos en satin color naranja con sus correspondientes hojas de satin.

Los motivos se recortan y después se colocan sobre el pongé o seda sertie con un punto. La cordeliere que sujeta al plafonnier es adornada con pequeñas naranjas hechas en satin. Hace falta cortar unos pequeños redondeles de satin, fruncirlos y rellenarlos de algodón en rama para confeccionarlos. Ya veis que no es cosa del otro mundo y que todas vosotras podéis hacerlos perfectamente.

Pasemos ahora a examinar el grupo de almohadones de hechura moderna que podéis ver en esta misma crónica. Se ven muchos modelos pero no todos son lindos, por eso he elegido unos cuantos, que estoy segura os van a encantar. Veis desde aquí el efecto maravilloso de esas grandes flores de terciopelo amarillo sobre un fondo ne-

gro, o flores negras sobre fondo blanco o cereza. El modelo A es uno de ellos de forma ovalada con unos grandes mirasoles de tonos amarillos o negros sobre un fondo cereza. Los otros dos almohadones que encabezan esta página son unas aplicaciones de rosas negras sobre un fondo rosa viejo con hojas de satin verde. El otro tiene un fondo blanco con rama de campanillas en tonos lila y violeta obscuro y hojas verdes en satin. Estos dos modelos llevan grandes borlas de seda cordóné.

La hechura del modelo D es larga y de los llamados polochones en satin negro con aplicaciones de fruta en tono cereza y hojas verdes. Mide 1 m. por 0m. 70.

El modelo B es de forma redonda con un gran pájaro azul-roy sobre un fondo naranja con un cordón en el contorno.

Original es el almohadón que representa una marina.

Para el barquichuelo se emplea el terciopelo negro; para la luna satin blanco sertie de una puntada negra y para las líneas de las nubes seda negra, y las de las olas verde. Unas bellotas de madera negra se cosen todo alrededor de este almohadón que tiene una forma ovalada.

Tan sólo me queda ocuparme del cestito monísimo que también veo. Es simplemente de mimbre trenzado con su correspondiente tapa. Encima ostenta un lindísimo motivo de toile de yony con un ruché hecho con una cinta y de una guita de rositas rococó de múltiples colores. A la orilla va pasana una cinta de seda que se anuda a un costado con un artístico moño.

El interior va forrado con un pongé de seda en tono rojo, amarillo, rosa o azul, según sea el color que os agrade más. El adorno de la cinta deberá ser del mismo color que el forro.

A. de DAUMONT.

Recetas

Crema contra las arrugas.—

Tintura de benjuí, 5 gramos; flores de espliego frescas, 1.000; enjuandía de gallina, 1.000; cera blanca, 100; bórax en polvo, 8.

Fúndase la enjuandía de gallina, añádase las flores y déjese reposar todo. Calientese otra vez, cuélense y agréguese después la cera y el bórax.

Contra los barros.—

Fricciónense mañana y noche, con agua muy caliente en que se haya echado en proporción de una cucharada por vaso, la mezcla siguiente:

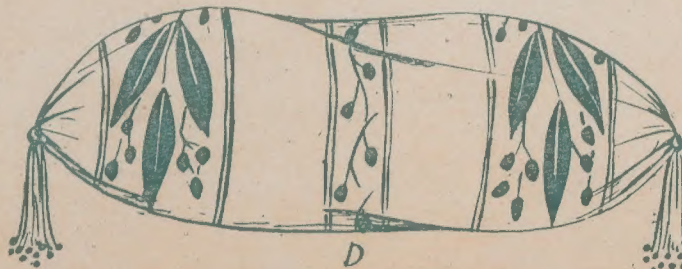
Sublimado, 1 gramo; flores de azufre, 2; agua destilada, 150; tintura de benjuí, algunas gotas.

Para blanquear el cuello.—

Oxido de cinc, 10 gramos; vaselina, 60; esencia de rosas, 5 gotas.

Contra las pecas.—

Frótese la piel afectada, con la fórmula siguiente: Carbonato de amoníaco, 1 gramo; eter, 30; agua destilada, 70.



FRAY MOCHO

Año VIII

Buenos Aires 21 de enero de 1919

Núm. 352

El amago maximalista. —Deberes que impone la situación.

No será fácil que Buenos Aires olvide, a pesar de su característica falta de memoria, los días angustiosos de la última huelga. La sangrienta pesadilla duró desde el 9 hasta el 11, y durante ella, no se supo qué ocurrir más, o, mejor dicho, qué extrañar menos, si la brutal inhabilidad de los protestantes, o la estrepandosa falta de previsión de las autoridades. ¿Cómo? ¿Es posible que el pueblo costee con positivo sacrificio de su peculio una administración carísima, que soporte un presupuesto aplastador; y que llegada la oportunidad, la enacitada y brillantísima máquina no preste más servicios que los de una herramienta deficiente? Las autoridades — se dice — fueron sorprendidas. Pero a su vez la población no oculta su estupefacción por esta sorpresa. En todas partes del mundo, la policía sirve para evitarlas; y con mayor razón en el presente caso debió llenar este cometido, pues los rumores circunstantes desde largos meses atrás, dejaban prever estallidos maximalistas y largo cortejo de violencias.

Aceptemos, sin embargo, lo de la sorpresa, o asintamos, sin mayor análisis, a otra versión, según la cual, el gobierno confiaba en que la tolerancia con que presenciaba los preparativos, o su benevolencia ante la propaganda antisocial, concluiría — ¡ch candidiez! — por abatir los enconos y desarmar a los exaltados. Produciéndose la explosión, desatada en los suburbios las multitudes que incendiaron tranvías, quemaron edificios, asaltaron talleres, comisarias y establecimientos públicos, destruyeron el alumbrado y hasta atentaron contra las instalaciones sanitarias para privar de agua a la población, el gobierno pareció no darse cuenta todavía de un distinguo fundamental, entre la materialidad de los hechos y las causas anteriores y profundas que originaron el movimiento.

Si la función gubernativa consiste ante todo en prevenir cómo extrañar el malestar proletario en un país que carece de legislación de trabajo? ¿Cómo no saber que en una ciudad populosa y cosmopolita, a la sombra de los que legítimamente luchan por su mejoramiento material y moral, viven y engordan alentando criminales propósitos, los elementos maleantes y delictuosos que forzosamente abundan?

La represión violenta, la fuerza de las armas, es, sin duda, lo único eficaz en el último momento para repeler el crimen del alzamiento antisocial; pero mejor hubiera sido para la cultura de nuestra Buenos Aires haber aplicado a tiempo el criterio selectivo que autoriza la ley, depurando paulatinamente sus bajos fondos de la maligna resaca que la infecta. Por no hacerlo así, esta enorme población de trabajadores y de gente pacífica, que paga sin murmurar sus impuestos, ha vivido durante cinco días a merced de los tiros hueguistas y de

la temible descarga de las ametralladoras oficiales, no siempre, por desgracia, enderezada al elemento realmente beligerante.

En lo más álgido de la revuelta, cuando el azoramiento y la inani-

sensacional y oprimiente llevó al colmo el descorazonamiento de la población. Se decía que el Departamento de Policía había sido asaltado por las turbas, y que en breve, un gobierno maximalista impondría sus le-

las consecuencias, no consistió tanto en el arrojo de los atacantes o en la eficacia de sus medios ofensivos, cuanto en la confusión y desorden de los atacados. Es sensible tener que recoger este eco desagradable de los sucesos, pero el deber periodístico impone consignarlo. Al sonar un tiro, la tropa policial, falta de instrucciones precisas, corrió dentro del edificio, a ocupar las posiciones que a cada vigilante pareció mejor, sin atender órdenes que por otra parte nadie supo impartir con la energía demandada por las circunstancias. Para colmo de desastre, cruzábase los tiros en todas direcciones, llegando a herirse unos a otros, los mismos defensores del orden. En esas circunstancias, realmente terribles, en que no se podía prever un desenlace que no fuera una catástrofe, la intervención oportuna y valiente de un alto jefe del ejército, salvó a la institución policial, a Buenos Aires, y al país entero de la vergüenza y del derrumbe de las instituciones.

El general Delepiane es digno de la gratitud nacional. Su actitud, encuadrada en el deber, se destaca luminosamente sobre el oscuro fondo de las amarguras vividas en el período terrible. Buenos Aires sabe, por fin, que aún flota sobre la urbe cosmopolita y revuelta, el espíritu de sus mejores hijos, y que las filas del ejército nacional siempre están compuestas por varones dignos del nombre argentino.

Luis María y Manuel Camyó, Levalle o Arredondo no lo habían hecho mejor...

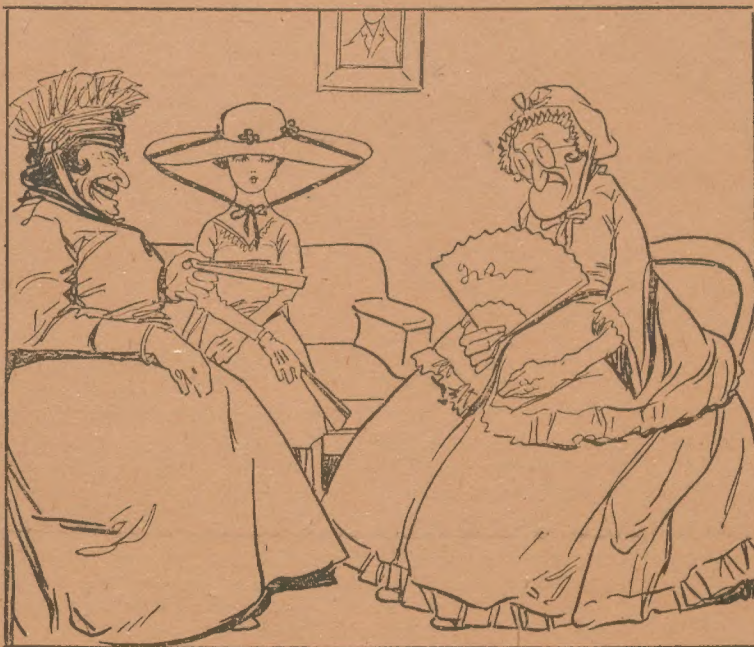
Y ahora, que la paz del trabajo se cierna sobre todos, y que la justicia dentro del orden, presida la tranquila deliberación de los intereses heridos. A cada uno lo suyo: orden para la sociedad y garantías para el trabajador. El abaratamiento de la vida es el problema más urgente y sagrado que se ofrece a la iniciativa del gobierno. Cúmplalo en buen hora.

La máquina de escribir del futuro.

Nada, aparentemente, más útil que una máquina que escriba al dictado, sin ser tocada. Sin embargo algo de esta maravilla, una parte que permite prever qué sería tan admirable invento si en el futuro existiera, ha sido ya realizado. El señor John B. Fliwers, de Brooklyn, acaba de inventar una máquina que realiza el prodigio de escribir sin ninguna intervención humana seis letras, a, e, i, o, u y p, al dictado. Su aparato se compone de un transmisor de teléfono. Fibras de acero, sensibles cada una a las vibraciones producidas por las diferentes letras y animadas por corriente eléctrica, conectan el transmisor con el teclado cuyo mecanismo es semejante al de una máquina de escribir.

Cuando se pronuncia la letra o, por ejemplo, la vibración particular de esa letra, muy amplificada por la corriente, repercute en el diafragma, y por las fibras, en el teclado que, a su vez, imprime la letra o.

LA GRAN CARRERA



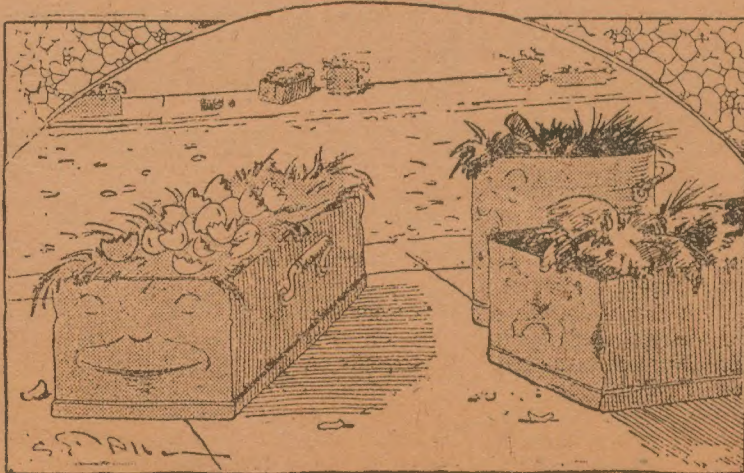
—De modo que están ustedes contentos con el novio de Martita?
—Contentísimos. Es un mozo de un gran porvenir. Llegará a tener una gran fortuna.
—¿Es banquero?
—No, señora: estudia para maximalista.

de las autoridades municipales, no sólo dejaron convertir la vía pública en pudridero de basuras, sino, lo que era mucho más grave, nada hicieron para asegurar el abastecimiento de los mercados y el consumo barato de víveres; cuando el tiroteo continuaba la sensación de la ciudad librada al azar de la batalla, una nota

yes a la nación. El Palacio del Congreso y numerosas comisarias también estaban indicadas para caer en las manos revolucionarias.

Ese asunto del asalto al Departamento de Policía aun no ha sido aclarado. Si asalto hubo, el mayor peligro para sus autoridades y para la población que pudo ser víctima de

REPERCUSION SOCIAL DE LA CARESTIA



El tacho. — ¡El corte que se da ese porque todavía lleva cáscaras de huevos!

MANCHAS DE ACUARELA

I Crepúsculo.

Arremolinados entre nubes de polvo llegan los animales al corral cercano, con sordo redoble de pezuñas en el suelo recio y duro, balanceando en toda la gama, desde el grave y bronco lamento de los padres hasta el chillido agudo, lastimoso e infantil de los corderos. La atmósfera, opaca, vibra sus colores armonizándolos con esas notas e infundiéndolo en el espíritu una melancolía casi desgarradora, amarga y punzante.

Ovejas y carneros, de lomos amarillentos y sombras de indigo puro, trepan uno sobre otros, y sus luecas indecisas diseñan altos bisontes cornudos; descansan las patas delanteras en la grupa lanuda del que los precede, y siguen así, marchando con el hocico abierto para lanzar al aire su lamentación.

De la espesa nube de polvo, más atrás, surge la desmesurada y movetiza silueta de los peones que, a caballo, hacen molinete con el arriador y silban empujando la majada que desprenden un vaho denso de olor acre y penetrante. El movimiento, la luz incierta, el color indeciso, la línea mudable, dan al cuadro el sabor de una pesadilla...

...El pisoteo disminuye, los balidos ralean, la agitación del corral se tranquiliza como el agua revuelta y turbia que va recobrando su paz lacustre, y las primeras gasas tenues de la neblina se confunden con el hálito de la majada sonolienta, y espesan el velo que la esfuma.

Ancho trazo de luz rojiza corta la pared y luego el suelo blanquicea desde una ventana del rancho de los peones, que pasan de vuelta, a pie, como sombras, dando las buenas tardes, para destacarse en seguida, negros, con los perfiles luminosos, entre las oladas de bermellón y de carmín que inundan la cocina, donde el chirriar de las grasas sobre la leña imita el hervidero de un remolino. El nimbo de amarillo y rojo que rodea la puerta y la ventana, borra lo demás, que parece tenebrosa, insensiblemente negro...

Brota la luz en la casa, en los corredores: todo se desvanece. A la tristeza sin causa del crepúsculo, sucede la alegría del interior iluminado, de la larga mesa blanca que, hospitalaria, espera...

II

Lluvia en la Pampa.

Una nube, una sola, arrastrada violentamente por el pampero, manchaba el firmamento azul celeste claro, en que brillaba el sol, alto aún. Parecía que nos hallásemos bajo una inmensa campana, y el horizonte circular estaba libre en un radio de leguas. La nube marchaba al encuentro del sol, muy alta también, cargada de lluvia, con una rapidez vertiginosa.

—Vamos a tener un chaparrón—dijo un paisano.

Las matas de paja brava y de cortadera no se movían en nuestro alrededor; las capas inferiores de la atmósfera parecían dormir; zumbaban en torno los tábanos, los mosquitos, los jejenes; la tropilla se arremolinaba y apeñuscaba en círculo, bajo el ardiente sol, y los pobres jamelgos, desesperados, agitaban las colas en defensa de sus flancos sangrientos, tratando de ocultar la cabeza melancólica entre la masa formada por sus compañeros.

Me quedé a la puerta del rancho, interesado por el drama de aquella nube, arrebatada en medio de tanta tranquilidad, cuando no se movía una brizna en el campo y vagos vapores

DEL "JARDIN DE INFANTES" DE LA KAUSA



Un "cuco" que no asusta al "nene".

transparentes, como vibraciones del aire, hervían entre los matorrales, a raíz del suelo, con la evaporación violenta de la tierra caldeada por el sol.

La nube era alargada, recortada con curvas caprichosas, cual de copos de algodón en los contornos más cercanos, blanquísima, que cambiaban de forma, como derrumbamientos súbitos a cada instante, ancha orla de plumón de cisne que corría de Norte a Sur, circundando el cuerpo fusiforme y ceniciento de la nube, muy opaca en el centro, algo más clara luego, en escala descendente, como si se esfumara y su límite, indeciso, quisiera confundirse con el azul casi blanco del cielo.

Bogaba con rapidez vertiginosa, como extraño barco que navegara hundiéndose el agua con la banda en lugar de la proa, y a medida que se acercaba iba afectando en la continua variación de sus perfiles, una forma semi-circular, cóncava, cuyo centro pareciera, de pronto, situarse en el lugar en que yo me hallaba.

Un instante después, la nube aislada ocultó el sol, perdió la orla su blancura

de cisne, la masa aún más opaca, proyectó sombra sobre una vasta extensión de la pampa, como una mancha neutra sobre el verde cálido y vibrado de la hierba, y que corría por el suelo amoldándose a sus menores accidentes, como apocalíptico reptil que sólo tuviera dos dimensiones: el ancho y el largo.

Dos paisanos que seguían a caballo la huella polvorienta, como dos manchitas de color al rayo ardiente del sol, se trocaron de repente en dos notas grises y galoparon un rato a la sombra, hacia mí como antes, pero más lejos, llevados gran distancia atrás por la luz difusa que los envolvía. La nube siguió su carrera desalada. Los gauchos iluminados de pronto por el sol que me deslumbró al reaparecer, dieron un enorme salto hacia adelante.

La nube pasó sobre mi cabeza, cuando ya su sombra huía a lo lejos; pasó como ave fantástica de ala sin ruidos, arrebatada por el vendaval de la altura, dejando al sol triunfante tras de ella...

En el ambiente diáfano, tranquilo,

fulgurante, de una claridad, de una transparencia de pureza infinita, bajo la vibración blanquecina del cielo y la aureola de gualda del sol, allá en el aire dormido, hubo una avalancha, un derrumbamiento de piedras preciosas, brillantes tallados, rojos rubíes, topacios, amatistas, turquesas, esmeraldas, una lluvia de gemas sorprendentes de hermosura, embriagadoras de riqueza, fascinantes, como si ellas también fuesen luz. Derramábase en la atmósfera un caudal, un tesoro, una maravilla, como no la soñó el mismo Aladino, como no se alcanzó a desear en el más fantástico de los cuentos orientales.

La nube, al pasar, había voleado su joyel sobre la pampa, y caían a montones, precipitadas desde lo alto, las estupendas pedrerías conque se forma el iris, pero no ya en fastuosa diadema, sino en cascada rutilante, en un desbordamiento desordenado y artístico, inverosímil y caprichoso de riquezas que fueron mías, sólo mías en aquel instante, y que en vano buscará luego la avidez entre la humilde hierba, en el suelo de la pampa que, ávido y avaro él también, las recogió antes de que el sol pudiese devolverlas a la nube.

III

Rayo de luna.

La luna, muy nueva aún, ilumina vagamente la extensión en reposo, deforma los objetos, presta a los matorrales inmediatos apariencias de lejanos y gigantescos árboles, y a las arboledas del horizonte aspecto de vecinos y desmirriados almáricos o de zarzas bajas y ondulantes.

Entre la masa de indigo del suelo la disputa de las ranas y los grillos se exaspera en la soledad, bajo la sombra de la hierba doblegada por el rocío, y en el aire levemente plateado suele cruzarse el agrio graznido de la lechuza con el alerta espasmódico del tero, la grave voz desapacible e inquieta del chajá y el ladrido confuso de la perrada en las estancias vecinas.

Trotan los caballos envueltos en la luz blanca y falsa, dejan atrás el largo y negro biombo de álamos que señala el límite de una estancia, y que, confundido con su propia inmensa sombra, finge desmesurada altura, y se internan en otra alameda, un camino misterioso y obscuro. Detrás queda el arco de la luna, como la uña de un dedo de luz que rasgase la techumbre aterciopelada. Vense blanquear, indecisas como una nube rastrera, las paredes de la casa sobre el fondo azul de la noche, allá en el confin de la calle sombría en que el aire, al mover de uno y otro lado las ramas susurrantes, hace saltar y danzar formas inciertas y quiméricas, alimañas de pesadilla y de fiebre entre el follaje de que cuelgan muselinas azules, engañosamente translúcidas, de un azul fantástico y evocador.

IV

Condensación.

La niebla cae como una lluvia lenta, dormida, pulverizada. A lo lejos, lechosa y opalina, envuelve y decora los árboles, las desigualdades del terreno. El panorama es un caos, indivisible o infinitamente dividido, pues la niebla baja aquí, alta allí, allá densa, acá tenue, es una, única y sola, del uno al otro extremo del reducido horizonte, o invade la extensión como las cenizas de una erupción volcánica.

A lo largo de los cinco o seis alambres de los cercos, las gotas de rocío son interminables y paralelas sargas de diamantes unidas a veces entre sí por el sol de las grandes telarañas, encajes de hilos de plata, recamos blancos de mostacilla, petos príncipescos de perlas diminutas.

El rocío es tan abundante, que su



"A LOS MANDARINES"

DEBEN SU ÉXITO POR SUS CALIDADES

Casa Principal: SAN JUAN 2164

Unión Telef. 1437, B. Orden — Coop. Telef. 222, Sud

SUCURSALES:

Santa Fe 1886
B. Irigoyen 1117
Cangallo 963
Entre Ríos 732
Rivadavia 1456
Viamonta 1666
Laprida 200 (L. de Zamora)

Rivadavia 1992
Rivadavia 7023
Corrientes 4216
Santa Fe 4521
Cabildo 3490
Brasil 1160
Rivadavia 5344

The South American Stores
Gath & Chaves Ltd.

Anexo: Av. de Mayo,
 Perú y Rivadavia...
 Casa Central:
 Florida y Cangallo.



EN SOMBRERERÍA DE HOMBRE

HEMOS EFECTUADO REBAJAS CONSIDERABLES, LOS PRECIOS QUE AQUI COTIZAMOS, DEMUESTRAN HASTA QUÉ PUNTO SON REALES

CANOTIER de paja, para hombre, modelo tipo americano, cinta a turbante de fantasía o negra lisa, de gran moda, a pesos. **5.50**

CANOTIER paja rustic, tipo inglés, para hombre, modelo de actualidad y calidad finísima, a. \$ **5.—**

CANOTIER rustic, de paja gruesa, para hombre, color amarillo viejo, modelo de rigurosa moda y muy elegante, al precio excepcional de \$ **4.20**



VIDA SOCIAL

peso doblega el pasto en los taludes del ferrocarril, dejándolo como pisoteado por la hacienda. Debajo de los vagones, las esferitas apañuscadas y blanquecinas borran el verdor de la hierba, y simulan el mantel quebradizo de la escarcha.

Al ras del suelo se está como en una alta cima rodeada de nubes que pudieran tocarse extendiendo los brazos, y esas nubes tienen matices desleídos de acuarela, desde los indigos al blanco, en manchas caprichosas de azules, de violáceos, de rojos, de amarillos, de verdes muy lavados y puestos inexpertamente en el papel, velando apenas su blancura.

El espectador está como en la parte baja e interior de una esfera, achatada en sus puntos tangenciales con el suelo.

V

Hora de misterio.

El aire quieto y transparente ahonda la noche azul; la alta bóveda se ha elevado aún y con ella los astros de oro que, sin embargo, brillan más.

En Oriente un vago resplandor blanco vela sus fulgores.

A lo lejos, en el paisaje sin perfiles, flotan ligerísimas brumas, muy intangibles, muy tenues, y masas negras se agazapan entre los árboles cuya ramazón es una mancha de índigo sobre el fondo, más claro, del cielo.

Hay luz en todas partes, y todo está en tinieblas; se escuchan mil rumores y todo ha enmudecido.

Grazna de pronto una lechuza que revolotea atraída por la lámpara, agria y sarcástica. Sus alas se oyen rasgando el silencio. Pasa apenas el calorífico de su burla intempestiva, cuando ya otra le responde con un cloqueo medroso, erizando la epidermis.

El ambiente húmedo atraviesa el paño y, caricia estremecedora, siniestro cosquilleo, se desliza por la piel.

Alrededor de la lámpara las falenas hacen fantásticos, macabros simulacros, y un grillo que se oculta frente a la ventana amodorra el cerebro y hace zumbir los oídos con la intermitente estrofa insulsa que canta sus sabrosos amores.

No hay color, no hay formas, hasta que salga la luna y blancos imposibles vaguen por la atmósfera amodorrada.

VI

Lluvia.

Ahora, el agua cae continua, torrencialmente, redobla en los techos y en las hojas de los árboles que rodean la casa, se quiebra con mil chispas de ópalo en la orilla del alero, levanta móviles estalagmitas en el suelo encharcado, raya el aire como un espejo cortado por millones de diamantes, susurra y eloquea en el albañal, muge dentro de las paredes en los caños colectores del aljibe, llena el aire de mil extraños roces de seda, mide el tiempo campanada a campanada, múltiple y sonora eipsidra, por las goteras del techo.

Desde el corredor se abarca el triste paisaje.

Del cielo plomizo, uniforme, abrumador de melancolía, cuelga una inmensa cortina gris, a la que se suceden otras y otras más, hasta dejar impenetrable el horizonte. Sólo muy cerca, al otro lado del arroyo limitado por la hierba, que fué camino hasta ayer, se ve un retacito de campo fresco, casi luminoso, algunos árboles barnizados por la lluvia; de un verde vivo y brillante, como de porcelana.

Pocos pasos más allá, los mismos edificios comienzan a ocultarse tras del trémulo telón, y más lejos, los animales inmóviles, con la cabeza gacha y el anca al viento, reciben pacientes el diluvio,—manchitas sucias sobre el fondo verdoso y frío.

Todo lo demás se ha disuelto en el agua y agua es el cielo mismo.

Roberto J. PAYRÓ.



—¿Notas mucho la ausencia de tu marido?
—No mucho; a la hora del almuerzo pongo delante de un plato un diario abierto y me parece que está presente.

Pérez, viaja

Elegía de un cuarto de hotel

Acaba de cerrarse la puerta, y Pérez, durante unos momentos, contempla, estúpido, las maletas que vienen acompañándolo en su viaje.

El sol entra gozosamente por el balcón y arranca bruidos reflejos al estuco de la alcoba. La cama espera con quietud de tumba, no con amable gesto de refugio. Los escasos muebles de la

estancia tienen aptitudes singulares que el buen Pérez se empeña en encontrar hostiles; se cierne un silencio incalificable, torvo, como el que precede a una lucha: mutismo de fiera que acecha, de enemigo que oprime el arma homicida, de pausa anhelante en la que se presiente que va a sonar una palabra flageladora y definitiva.

Y entonces Pérez, que no es comisionista, ni "globe-trotter", sino un pobre hombre que va por el mundo

buscando impresiones diversas, siente que en su espíritu cristaliza la melancolía "de los cuartos de hotel". No ha curioseado detenidamente la reducida estancia y ya recela que el mobiliaje será de color amarillento; que a un lado de la cama colgará el cartelito con las "instrucciones" para los señores viajeros; que las mantas del lecho serán insuficientes y delgadas; que un timbre, el conmutador de la luz y el pestillo de la puerta, inexpresivos y relucientes, pretendiendo darle un testimonio de la sociabilidad humana, acentuarán su aislamiento sin brindarle aquel calorillo íntimo que hace tan fecunda y dulce la soledad; y que en la chimenea, como en todas, habrá un espejo impasible y un reloj parado...

Si un resto de ilusión le animara, Pérez registraría el armario, desoladamente vacío; abriría el cajoncillo de la mesa de noche, donde yace un periódico de remota fecha; y en el piso, laudablemente encerado, no descubriría huella alguna de ser humano.

Silencio, limpieza, orden por todas partes; aquel cuarto de hotel, que está en el centro de la población, parece hallarse perdido en una estepa o en un desierto. Pérez adivina unas manos de mujer que han arreglado, cuidado y preparado todo aquello, sin dejar en los cortinajes, en las ropas, en los muebles, sombra alguna de feminidad.

Pasó por el cuarto un semejante, y fué la indiferencia en persona.

Aquella habitación no tiene alma; la han puesto precio, y nada más.

En parte alguna descubrió Pérez más desolación que en estos cuartos de hotel que sus andanzas le van dando a conocer. Pasando por ellos tanta gente, ningún viajero supo dejarse algo, comunicarle un soplo de carácter, arrebatándole una tórida de su impasibilidad. En un cementerio se presiente que allí se llora; en una calle se adivina que allí se vive; en un teatro, aun a la hora en que las baterías están apagadas y los espectadores ausentes, algo cálido y cordial, con sus alas sutiles, roza nuestra frente...

Pero el cuarto de hotel, engendro de la higiene, de la civilización y del siglo, es una melancolía con número, una hostilidad con paredes estucadas y piso encerado, una jaula donde el hombre no canta, ni reza, ni suspira: basta con que pase una noche, le sirvan un chocolate y sude para cerrar una maleta que está siempre demasiado abultada...

Y estas intrascendentes consideraciones determinan en Pérez un minuto sentimental. Que es el que permanece en el cuarto, el hotel mirando, estúpido, las maletas, antes de abrir el balcón para mirar a unas gentes a quienes no conoce y a las que, inexorablemente, no volverá a ver.

E. RAMÍREZ ANGEL.

El domador

Los cuatro leones retrocedieron ante el domador roncando sordamente. Uno de ellos saltó sobre él con la garra trémula y el ojo purpúreo. Pero humilló la terrible testa al rápido golpe de la vara de acero.

—¡Qué profunda voluptuosidad sentiréis al burlaros de ese modo de la muerte!—le dije.

El hombre trágico sonrió de una manera enigmática.

—Sí. Una suprema embriaguez me invade en el instante del peligro. Es un placer insuperable que resume todos los goees de la vida. Después de ese minuto en que me figuro ver mi calavera en las pupilas de los leones, siento un soberano desdén por las muchedumbres que me aplauden. Y me consume un deseo casi doloroso...

—Lo comprendo. El deseo de domar con un látigo a los hombres.

El me miró un segundo con las pupilas fulgurantes.

Froilán TURCIOS.

5,000,000 de Callos

Destruídos



Si alguno le dice que hay remedios tan buenos como el "GETS-IT" no puede ser su amigo. Millones de personas saben que "GETS-IT" es sin duda el remedio más notable para remover callos. Si no fuera así, "GETS-IT" no sería el artículo en este ramo que se vende hoy día más que todos los otros en el mundo.

Después de haber puesto dos gotas del "GETS-IT" sobre su callo o piel encallecida, éste se hace suelto y se quita completamente —y Vd. lo tiene en su mano, salido como un relámpago.

En venta en todas partes del mundo por las farmacias y droguerías.

Concesionarios en la República Argentina:

MENDEL & CIA., Calle Bolívar 879, Buenos Aires

En Montevideo: Publicidad, Calle J. C. Gómez, 1386.

En Asunción (Paraguay): G. Peroni, Benjamín Constant esq. Ayolas.

La revolución en Mar del Plata

En una de las páginas centrales de este número, a la que sirve de epígrafe el mismo título que llevan estas líneas, hallará el lector el complemento gráfico del asunto a que se refiere la presente crónica.

Mar del Plata ha tenido, también, su revolución maximalista. La prensa diaria informó, a su respecto, con relativa amplitud de detalles. Se sabe, por esa información, que todos los gremios suspendieron sus actividades ordinarias durante varios días y se sabe que todos los negocios clausuraron sus puertas. Se sabe que los marineros del San Martín y los agentes de la policía local, mandados por el general Vallée, sofocaron el movimiento, encarcelando a 371 revoltosos. Se sabe que los amotinados ocuparon una cancha de pelota, denominada El Trinquete, en la que fueron objeto de las más exquisitas atenciones. Todo esto se sabe, así como nadie ignora cuáles fueron las penurias sufridas por los numerosos veraneantes, quienes, a pesar de su dinero, se veían privados hasta del agua para beber. Sería inacabable la relación de las escenas pintorescas a que esta situación dio lugar. Vimos, así, a un ex presidente de la república, que llevaba enroscada en su bastón—que fué de mando—una docena de chorizos de Extremadura comprados a precio de oro en una confitería de la Rambla. ¡Y cómo los cuidaba! Un millonario de los que viven en la Loma—sin estar parado en ella—logró adquirir una lata de sardinas; se las comió y regaló el aceite a un vecino, millonario también. En los hoteles se hicieron simulacros de comidas, que resultaron animadísimos. Claro está: mozos no había y hubo necesidad de organizar el servicio con los mismos pensionistas. En el Bristol se destacaron por su actividad Jorge Castex, los doctores Enrique Navarro Viola y Norberto Piñero, y el popular rematador Peracca. Actuaron como pinches de cocina, con bastante eficacia, el doctor Manuel Ignacio Moreno, Luisito Estrada y el señor de Sanz y Tovar, secretario de la Embajada de España. Este último no trabajó nada más que un día porque fué sorprendido pesando a dedo las rodajas de fulgurante papa que bullía en la sartén. En vano protestó de su inocencia. Fué expulsado ignominiosamente.

Del aseo de las habitaciones se encargó a una comisión de señoritas. ¡Qué mucamas, Dios mío!

Naturalmente que fué menester constituir aquí, como en la capital federal, una guardia blanca que velara por la seguridad pública. Debían formarlos hombres valientes y decididos. La iniciaron y organizaron: Luis María Campos Urquiza, Juan Antonio Aguirre y Manolo Quintana, no muy blancos por cierto, pero sí entusiastas y enérgicos. El primer día el enrolamiento resultó escaso; pero cuando se supo que todo peligro de agresión estaba conjurado ya, hubo que clausurar la inscripción porque era materialmente imposible anotar a todos los jóvenes abnegados que se manifestaban dispuestos a sacrificarse su vida en defensa de las instituciones. Los soldados de la primera hora se desempeñaron bien e hicieron obra útil. Fueron buenos vigilantes y eximios pesquisas. El general Vallée, que—dicho sea en su honor y con toda seriedad, fué el hombre de las circunstancias—dió pruebas de ser, además de todo, un excelente sabueso policial. Véase la prueba: transitaba por la Rambla un sujeto vestido sin elegancia y con aspecto de preocupado. Al general le había llamado la atención porque el hombre, sin hablar con na-

LA SOCIEDAD DE LAS NACIONES.



El intruso.—Dibujo del soldado alsaciano Dutec

die, se fijaba en todo lo que ocurría en el Yachtmen Club, cuartel general de las fuerzas defensivas. Debía ser un maximalista. Era necesario detenerlo.

—¿Quién es usted, señor?—le dijo con acento militar.

—Soy un veraneante, como usted,—respondió suavemente, el interpelado.

—Pero, ¿cómo se llama y en qué trabaja?

—Me llamo Fulano de Tal y soy abogado.—Felizmente algunos colegas del "sospechoso", que se encontraban allí confirmaron lo que aquel decía evitando, de ese modo, que la enviaran a veranear a las bodegas del San Martín.

La calma se ha restablecido ya y parece bien afirmada. El almirante Martín, el subprefecto Juan Carlos Barla, el doctor Fermín Rodríguez—

comisionado especial del gobierno de la provincia, y el diputado Miñones, han trabajado para ello noche y día, sin descanso. No han tenido tiempo ni para entregarse a las delicias del baño.

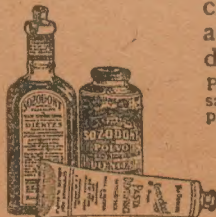
Ahora, las cosas ya en su quicio, todo está como fué siempre. La gente se pasea por la Rambla, de punta a punta, dándose toda la importancia que puede. Hay muchos desconocidos. Son "los nouveaux riches", de los que será menester ocuparse otra vez. El consumo de aperitivos es considerable, lo que no constituye una novedad. Pero lo que sí es nuevo en esta materia, es el "cocktail Bolsewiski", que está de moda. Se compone de Bols y whisky, partes iguales. Se agita bien, con mucho hielo; se toma y se paga. Baratísimo: un peso.

Enviado ESPECIAL.

DESPUÉS
DE CADA
COMIDA

Sozodont

quedan siempre partículas entre los dientes y bajo las encías las cuales, afectadas por el calor natural de la boca pronto se descomponen produciendo depósitos acidícos que destruyen la dentadura. El uso del dentífrico Sozodont es admirable inmediatamente después de comer, pues desprende toda materia susceptible a descomposición, penetrando las cavidades — Al mismo tiempo neutraliza toda acidez, dejando un gusto refrescante e indicativo de aseo en la boca.



Por más de cincuenta años ha probado ser antiséptico de delicioso sabor, que limpia, purifica, conserva y embellece la dentadura — el preferido general

LIQUIDO, POLVOS o PASTA

De venta en las farmacias y perfumerías

HALL & RUCKEL, Fabricantes, 215 Washington St., New York. E. U. A.

La miel de uva

La "miel de uva", es un nuevo producto inventado por el profesor Monti, de Italia, quien para la respectiva preparación ha encontrado el procedimiento.

El mosto de uva es sometido a dos operaciones sucesivas: 1) congelación y 2) concentración. La congelación determina la defecación del mosto y la desaparición del exceso de acidez, quitando casi la cuarta parte del agua.

Por la concentración, efectuada a una presión muy reducida, y a baja temperatura, se quita la cantidad de agua que se desee, correspondiente, sea a la preparación del jarabe o a la de la "miel", producto cristalizado que tiene el aspecto de la miel y que conserva todo el valor alimenticio y terapéutico del jugo de uva.

Con el procedimiento Monti, se trabaja el mosto obtenido por simple pisoteo de la uva y el líquido que se obtiene, agotando los orujos prensados.

Reuniendo estos dos líquidos, antes o después de la congelación, se obtiene un producto que el profesor Monti llama "integral", porque contiene todos los productos del jugo de la uva.

COMIENCE A TOMAR
AGUA CALIENTE
SI NO SE SIENTE BIEN

Un vaso de agua caliente con
fosfato, antes del desayuno,
no, elimina los venenos.

Si usted se despierta con mal gusto en la boca, mal aliento y con la lengua saburrosa; si siente la cabeza pesada y que le duele; si lo que usted come fermenta y forma gases y ácidos en el estómago, o si está usted bilioso, estreñido, nervioso, cetrino y no puede sentirse perfectamente bien, empiece con el baño interno. Tome antes del desayuno un vaso de agua bien caliente con una cucharadita de fosfato limestone. Esto eliminará los venenos y toxinas del estómago, el hígado, los riñones y los intestinos y limpia, suaviza y purifica todo el canal digestivo. Tome su baño interior inmediatamente que se levante por la mañana, para eliminar del sistema todos los desechos venenosos del día anterior, gases y bilis ácida, antes de introducir más alimento en el estómago.

Para sentirse como se sienten los jóvenes; como usted se sentía antes de tener la sangre, los nervios y los músculos recargados con las impurezas del cuerpo, procurese con su farmacéutico un cuarto de libra de fosfato limestone, el cual cuesta poco y es casi insípido, a no ser una ligera acidez que no es desagradable.

De la misma manera que el jabón y el agua obran sobre la piel, limpiándola, suavizándola y refrescándola, así el fosfato limestone y el agua caliente obran sobre el estómago, el hígado, los riñones y los intestinos. Los hombres y las mujeres que padecen usualmente de estreñimiento, bilis, dolores de cabeza o que tienen cualquier desorden del estómago, deberían empezar este baño interno antes del desayuno. Se les asegura que en poco tiempo llegarán a ser verdaderos maníacos acerca de este asunto.

El fosfato limestone se expende solamente en latitas cuadradas y toda oferta en otra forma debe rechazarse.

Para informes: L. F. MILANTA

Rivadavia 1255

Buenos Aires.

Vocación

BARÓN DARGENT, cincuenta años.
BARONESA DARGENT, treinta y nueve.
BLANCA, su hija, diecinueve.

BLANCA.—Ahora que os tengo a mi lado, queridos papás, quisiera hablaros de... lo mismo de siempre..., por última vez.
BARONESA.—¡Ay, Dios mío!

BARÓN.—¿Otra vez la misma monserga?

BLANCA.—Sí, deseo ser monja.

BARONESA.—Pensé que ya no te acordabas de eso, y que desde el año pasado estabas convencida por nuestros razonamientos.

BLANCA.—Pues ya veis que no me parecieron muy sólidos.

BARÓN.—Blanca, ten presente con quien hablas. Destrozanos el corazón si quieres; pero hazlo con el respeto que nos debes.

BLANCA.—Por lo menos, sólidos para mí. Anhele consagrarme a Dios, y si disponéis de un instante deseo, en interés vuestro y mío, que esta cuestión quede resuelta definitivamente. Luego podréis consagraros a vuestros asuntos y todos quedaremos con el ánimo tranquilo.

BARÓN.—Especialmente tú, ¿verdad, hija mía?

BLANCA.—¡Oh, sí!

BARONESA.—Es increíble la prisa que tienes por abandonarnos.

BARÓN.—¿Tanto te molestamos?

BLANCA.—¡Si nunca estamos juntos! Vivimos separados, aunque bajo el mismo techo; separados en todos sentidos. En realidad, consiste en que vuestras distracciones y el género de vida que lleváis no me permite acompañaros.

BARÓN.—Tú tienes la culpa. Tienes unos escrúpulos, unas beaterías, por decirlo de una vez, que te mantienen separada del resto de los mortales.

BLANCA.—Puede que tengáis razón. Pero precisamente porque vivo separada del resto de los mortales, estoy decidida a separarme por completo de una vez para siempre.

BARONESA.—¡El convento! ¡El dichoso convento tiene la culpa!

BLANCA.—Sí. Y aun añadiré que cuando estoy con vosotros me parece que no lo esté; porque, excepto mi cuerpo, todo está lejos: mi alma, mi corazón, mis deseos y mis ensueños.

BARONESA.—¡Con qué miramientos nos tratas a tu padre y a mí!

BLANCA.—Pongo a Dios antes que a vosotros: no hay en ello nada que pueda molestaros.

BARÓN.—Tal vez sí.

BLANCA.—Después de Él, venís en primera línea.

BARÓN.—¡Es una suerte!... Y, al fin y al cabo, Dios... No quisiera, hija mía, quitarte esas doradas ilusiones de la infancia...; pero es lo cierto...

BLANCA.—¿Qué?

BARÓN.—Nada. Que hablas de Dios como si supieras lo que es...

BLANCA.—Claro.

BARÓN.—Crees, te imaginas, supones... ¡Suponemos todos, pardiez!... Pero, en resumidas cuentas, nadie lo sabe ni lo ha sabido nunca.

BLANCA.—¡Oh!

BARONESA.—¡Con decir que tu padre no lo sabe!

BARÓN.—En fin, dejemos a un lado esos grandes problemas, superiores a tus alcances. Ya comprenderás que no habré llegado a la edad que tengo, yo, uno de los primeros financieros de nuestro tiempo, sin haber reflexionado mucho sobre la religión y sobre lo que pudiese tener de aceptable para exprimirlo... Cree, pues, en lo que te digo: déjate de esas ideas de salvación eterna.

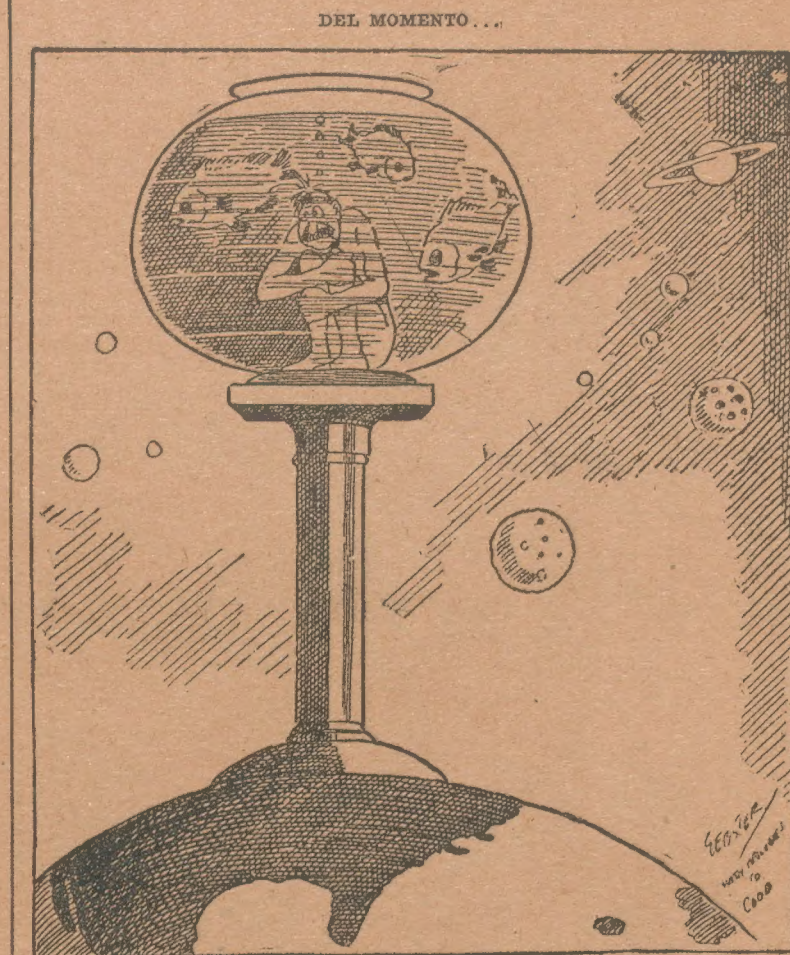
BARONESA.—Piensa en tu salvación terrena, en tu salvación parisienne; eso te será más útil.

BLANCA.—¿Y cuál es mi salvación terrena?

BARONESA.—Casarte.

BLANCA.—No quiero.

BARONESA.—Pues quédate soltera, solterona; es un sistema de vida como cualquier otro. Poseemos una fortuna que te lo permite, y, a pesar de todos los pe-



La sensación de uno que ha llenado un cuestionario oficial de identidad.

sares, puedes crearte en la sociedad un tipo, una personalidad propia.

BARÓN.—Sí, semi-mujer, semi-muchacho: la amiga de los hombres.

BLANCA.—Muchas gracias. Prefiero seguir mi vocación.

BARÓN.—¡Pues haz lo que te dé la gana! ¡Pero nos causas una pena enorme!

BLANCA.—¡Ya se os pasará!

BARÓN.—Y eres una ingrata.

BLANCA.—¡Oh! ¡Papá!

BARONESA.—Y al mismo tiempo una tonta.

BLANCA.—¡Mamá!

BARÓN.—No vale la pena de ser hija del barón de Dargent, el hombre que ha acreditado las minas de zafiro, los tabacos de Cambodge, toda una serie de negocios de primer orden, para concluir en el fondo de un claustro. Y también podrías enorgullecerte un poco más de tu madre.

BARONESA.—¡Del linaje de los Kahn!

BLANCA.—¡Pero si os quiero mucho, si estoy orgullosa de vosotros!

BARÓN.—Pues lo demuestras de un modo muy singular.

BARONESA.—Renegando de nosotros.

BARÓN.—Como si te avergonzases de tus padres, de mis tabacos y de mis zafiros.

BLANCA.—No es de vosotros de quien me avergüenzo.

BARÓN.—¿Pues de quién?

BLANCA.—De mí. De todo lo que me parece abyecto, bajo y vil en este mundo.

BARÓN.—¡Vaya, ya salieron a relucir las vaciedades de relumbrón! ¡Ea, mujer, que nos vas a reformar tú el mundo!

BLANCA.—Ya lo sé; por eso no intento reformarlo, sino sencillamente abandonarlo.

BARÓN.—¡Razona un poco, mujer!... Calcula, compara... ¡Consagrarse a Dios! Eso es muy bonito para escrito; pero, ¿y luego? ¿A qué clase de gentes ves hacer eso? A infelizes, astutos en el fondo, que no tienen un céntimo, que carecen de posición. Sólo se renuncia a todo cuando no se tiene nada. En una palabra,

BARÓN.—¡Razona un poco, mujer!... Calcula, compara... ¡Consagrarse a Dios! Eso es muy bonito para escrito; pero, ¿y luego? ¿A qué clase de gentes ves hacer eso? A infelizes, astutos en el fondo, que no tienen un céntimo, que carecen de posición. Sólo se renuncia a todo cuando no se tiene nada. En una palabra,



—La dote no es muy elevada...
—Sin embargo, créame que hará un buen matrimonio; ¿la ha visto en la mesa? no tiene apetito.

(De "Pêle-Mêle").

Dios es la más aceptable de las soluciones desesperadas.

BLANCA.—¡Oh, papá, no hables así!

BARONESA.—Tu padre tiene razón que le sobra: tienes mucho que perder y nada que ganar.

BLANCA.—El cielo.

BARÓN.—¡El cielo, el cielo! Mira, me callo porque acabaría por enfurecerme.

BARONESA.—¿Pero quién puede haberle imbuido esas ideas? Por más que lo busco no puedo dar con él.

BLANCA.—Vosotros.

BARÓN.—¿Nosotros?

BLANCA.—Los dos.

BARÓN.—¡Ah! ¡Esta salida sí que es estupenda!

BLANCA.—¿No me habéis dado una educación cristiana?

BARONESA.—Tu padre quiso que fueses educada en su religión, es cierto.

BLANCA.—¿No me habéis llevado al convento?

BARONESA.—Sí, porque, al fin y al cabo, es donde están mejor las muchachas desde cualquier punto de vista; pero...

BLANCA.—Cuando tomé la primera comunión, ¿no manifestasteis el mayor gozo por verme convertida tan súbitamente en una muchacha juiciosa, llena de emulación, enteramente transformada?

BARÓN.—Sin duda.

BLANCA.—¿Cuántas veces me has recomendado que tuviese fe!

BARONESA.—Claro está. Eso hay que decirse siempre a los niños.

BARÓN.—No les puede hacer el menor daño.

BLANCA.—Pues yo os he creído al pie de la letra. He creído todo lo que me hicisteis creer; es más, sigo creyéndolo. Es inútil que me digáis ahora: Dios, la virgen, las virtudes cristianas, la oración, la esperanza de una vida futura... todo eso, monísima, era útil para sujetarte cuando no levantabas tres palmos del suelo, para que obtuvieses buenas notas y para que figurases a menudo en el cuadro de honor; pero ahora que ya te vemos talludita y mujer, preferimos no ocultártelo por más tiempo, todo eso es pamema, y no significa nada.

BARONESA.—No caeremos en esos extremos!

BLANCA.—Os falta muy poco.

BARONESA.—Nos harás la justicia de confesar que en nosotros no has visto nada que pueda inclinarte a esa santurronería.

BLANCA (con amarga sonrisa).—Cierro, pobres padres míos, os hago esa justicia sin reparos.

BARONESA.—Y que si a los diecinueve años quieres enclaustrarte, a pesar de todo, no será por culpa nuestra.

BLANCA.—No, por la mía, por la mía exclusivamente.

BARONESA.—Muy bien.

BLANCA.—Pero esta es precisamente la causa de que mi devoción sea tan firme. En primer lugar, sólo procedo de mí misma, y además, los obstáculos aparentes, la divergencia de ideas que me rodeaba, no hicieron más que consolidarla. Harto conozco que principalmente a esos contrastes debo mi vocación. Mi devoción ha salido ganando con vuestra indiferencia. Si hubiese crecido sin un céntimo, entre una familia creyente, acaso hubiese sido una escéptica. Por haber gozado desde la cuna una vida demasada bella, me he ido desprendiendo de ella cada vez más. La pobreza me será fácil, porque la riqueza ha tenido ya tiempo suficiente para saciarme; nada me tienta, porque puedo alcanzarlo todo. Estoy cansada anticipadamente del porvenir y asqueada de los futuros gozos, que no conozco, por haberlos visto saboreados a mi alrededor por ciertas gentes...

BARONESA.—Estoy sofocada, irritada.

BARÓN.—¡Y yo que te había guardado esta mañana doscientas acciones de Tabacos, numeración par!

BLANCA.—¡Pobres padres míos! (Les abraza). ¿Os atormento, verdad? ¡Seríais tan felices sin mí!

BARONESA.—Toma, la verdad es...

BLANCA.—¡Un poco de paciencia! ¡Tal vez me muera!

BARÓN.—¡Blanca!

BARONESA.—¡No digas majaderías!

BLANCA.—Sería la mejor solución. Me hallaría en seguida en un convento y vosotros tendríais la paz y los placeres del mundo.

BARONESA.—Sólo al cabo de un año. Antes tendríamos que guardar luto. Ve a ponerte el vestido rosa mientras enganchan.

Enrique LAVEDAN.

PUCHITOS

La influencia del medio y de la alimentación es tan marcada en ciertos animales que origina cambios de coloración y diferencias que los acercan a tipos de otras familias afines. Las larvas de las mariposas "vanessa urticae" y "polychloros" alimentadas durante unos días con hojas húmedas dan mariposas de alas sembradas de dibujos negros; las mismas sometidas a la acción de la humedad entre el estado larvario y la ninfa dan mariposas claras con una banda amarilla en el ala superior y un triángulo alargado en la inferior. Mediante un descenso de temperatura se puede hacer producir a huevos de la mariposa "vanessa antiope", individuos de la variedad de la mariposa "artemis".

La enfermedad no nos vence de buenas a primeras: el organismo se defiende heroicamente. Cuando el calibre de algunas arterias disminuye y se hace más difícil la circulación, el corazón se hipertrofia y trabaja con mayor energía; si un riñón se enferma, el otro aumenta su volumen y su actividad para sustituir a su compañero; el intestino hace las veces del estómago si este órgano no funciona bien; el pulmón sano adquiere mayor desarrollo a fin de

Cuide su Cabello y Hermoséelo con "Danderine"

¡Gaste algo! La caspa desaparecerá y no se le caerá el cabello.

¡Pruébelo! Su cabello crecerá y se le pondrá ondeado y embellecerá en pocos minutos.

Si le gusta a Ud. tener abundante y lustrosa cabellera radiante de vida; si le gusta a Ud. un cabello suave y sedoso, pruebe Danderine.

Una sola aplicación duplicará la belleza del cabello y destruirá la menor partícula de caspa; Ud. no puede tener una cabellera bonita, abundante y saludable si tiene caspa. Esta costra destructiva le roba todo el lustre al cabello, así como su fuerza y vida, y, si no se combate, produce un estado febril y picazón en el cráneo; las raíces del cabello se aflojan y extinguen; entonces el cabello se cae.

Si Ud. ha descuidado su cabello, y tiene poco, se descolora, está seco, áspero o muy grasoso, compre un frasco de Danderine de Knowlton en cualquier botica o almacén, aplíquese un poco, siguiendo las direcciones que acompañan a cada frasco, y diez minutos más tarde Ud. dirá que este fue el dinero que mejor ha invertido en su vida.

Sinceramente decimos que, fuera de todo lo anunciado, si Ud. desea tener cabellera suave, lustrosa, bonita y abundante, sin caspa, no tener picazón en el cráneo y que el cabello no se le caiga, debe usar Danderine de Knowlton. Si con el tiempo lo va a usar, ¿por qué no ahora?

LA SATISFACCION DEL PROFESOR



—Hoy sí que no he olvidado nada.

realizar su propia función y la del pulmón enfermo.

Es bien sabido que las monedas son, como todo objeto que está en constante circulación de mano en mano, vehículos de numerosos microbios; pero éstos no tienen igual preferencia por todos los metales. Las monedas de oro albergan en su superficie de 1600 a 3500 microbios y las de plata de 450 a 2100. Gran parte están muertos y hay metales que

contribuyen a destruirlos por simple contacto. La plata, por ejemplo, es un verdadero antiséptico. ciertos microbios y de los más virulentos, mueren a las pocas horas de permanecer en una moneda de plata.

La denominación de española data a la gripe en Europa, no data de la reciente epidemia, sino de hace cuatro siglos, por lo menos. Un cronista alemán, Johan Jakob Vogel, describe todos los síntomas de esa enferme-

LAS ULTIMAS PALABRAS DEL FINADITO



—¡Oh! dígame, doctor, las últimas palabras de mi querido esposo.
—Sí, señora, fueron estas: por fin voy a ser viudo.

dad y agrega que en 1518 aroló a toda Alemania y se la llamó "pipita española", (spanischen Pips) en razón de que infestaba a España desde hacía 57 años.

Las islas Nauru y Oceanía, situadas a mitad de camino entre las de Marshall y Salomón, al N. O. de Nueva Zelanda poseen los depósitos de fosfatos más extensos del mundo. Esas islas que son formaciones coralíneas han sido desde remotos tiempos paradero de aves marinas cuyo guano ha impregnado el suelo calcáreo y lo ha cubierto hasta formar actualmente una capa de fosfato de cuarenta pies de espesor. Cálculase que existen quinientos millones de toneladas de fosfatos, cuyo valor como abono rivaliza con el de los famosos yacimientos de nitratos de Chile. Antes de la guerra esas islas pertenecían a Alemania; posiblemente quedarán para Australia o Nueva Zelanda.

Para librar a los caballos de las moscas, se les frota por la mañana con hojas de nogal. También se hace una cocción de aloes hepático, coquintida, hiel de buey, ruda e incienso; esta infusión se hace en aceite y vinagre. Se tinta a los caballos en las partes donde las moscas les incomoden más.

El Jarabe de Higos "California" es lo mejor que se conoce para niños enfermizos y febriles.

Si el estómago está ácido, el hígado torpe o los intestinos obstruidos, dele al niño Jarabe de Higos "California."

Las madres pueden estar satisfechas después de dar el Jarabe de Higos "California" a sus niños, pues en pocas horas hace desaparecer de los intestinos ese estreñimiento venenoso, bilis ácidas y alimento fermentado, y el niño estará sano y contento otra vez. Los niños no dejan sus juegos por evacuar, y el resultado es que los intestinos se obstruyen, el hígado se pone pesado y viene el desorden en el estómago.

Cuando los niños estén intranquilos, febriles e inquietos, mire a ver si tienen la lengua sucia, y entonces desee este delicioso "laxante de fruta". Los niños lo encuentran muy agradable al paladar, y es completamente inofensivo. No importa lo que tenga el niño, si tiene resfriado, mal de garganta, diarrea, dolores de estómago, el aliento fétido, acuérdeselo que un laxante suave es el primer tratamiento que debe dársele. Direcciones completas vienen impresas en cada botella, sobre la manera de tomarlo los niños de todas las edades, así como los adultos.

Cuidese bien que no le den ningún otro jarabe falsificado. Pídale a su boticario una botella del Jarabe de Higos "California" y vea que esté fabricado por la "California Fig Syrup Company". No admita ningún otro jarabe que no sea el genuino.

ENTRE VAGOS DE COMITÁ



—Si tuvieras que trabajar, ¿qué empleo buscarías?
—El de observador de aeroplanos.

El eterno poema

Nunca como ahora, en este luminoso albor de la ciencia moderna, podría tener aplicación la manida frase de que la poesía está llamada a desaparecer. Los poetas suelen hablar en sus odas y en sus sonetos de que ellos quisieran tener alas para volar muy lejos de las terrenales impurezas; y eso que en realidad no lo podrían conseguir engarzando consonantes, lo verifican unos hombres sin cultura literaria, pero que poseen conocimientos de mecánica. Cualquiera "chauffeur" estudioso e intrépido hace carne el ensueño de casi todos los poetas. Volar no es ya una lucubración, y cuando un poeta se pone muy lírico y escribe que quisiera remontarse sobre los tejados, le podemos agregar socarronamente:

—Pues vuele usted, si quiere. Ahora hay unos artefactos con unas aletas y un volante en los que puede usted realizar sus sueños. Estudie un poco de mecánica y ya está...

Yo creo que casi ningún poeta volaría. Es más cómodo efectuarlo con las alas de la fantasía; se aterriza más fácilmente, y no se ha dado aún el caso de que ninguno de esos nautas ideales se haya dejado la cabeza en un recorrido.

Los poetas no tienen derecho a ponerse tristes diciendo que quieren volar. Este género de poesía está en bancarota. Esa retórica ha finado.

Las maravillas de ahora, los prodigios de la imaginación los realizan en la actualidad los hombres de ciencia desde sus laboratorios. Edison es uno de los más grandes artistas contemporáneos y la labor de Marconi es obra de poeta.

Estas gentes son igual que magos, y con sus cifras y sus fórmulas y sus volantes y el dominio de las fuerzas naturales por sus horas de gabinete de estudio, hacen cosas que sobrepasan a las más audaces imaginaciones de los poetas.

Han dominado el mar, el viento y las distancias; le roban sus secretos al universo con sus telescopios y sus libros de geometría y trigonometría. Hay barcos maravillosos, como ciudades flotantes; con el

telekino se pueden guiar las embarcaciones desde la orilla. Hay hombres que renuncian a los placeres de la vida, como la viven los hombres, y dominan la biología, la histología... La ciencia tiene más fanáticos, más héroes, más santos y más mártires que todas las religiones y que todas las artes. Y a esas alturas el arte excelsa está en la ciencia.

Poco les quedará a los poetas que no realicen los hombres de ciencia; la poesía objetiva tendrá que buscar nuevas orientaciones. Sin embargo, señores envilecedores de la vida con vuestra "prosa", la poesía no desaparecerá.

Quedan tres enigmas, tres misterios que son una sola eternidad. El amor, el dolor y la muerte.

Quedan tres enigmas, tres misterios que son una sola eternidad. El amor, el dolor y la muerte.

Nunca penetrarán en ella los telescopios: ningún aparato volador aleteará en su confines y serán inútiles las fórmulas y los libros. Son los grandes, los hondos enigmas, el misterio de nuestro propio ser, que es lo más desconocido para nosotros, y esas tres interrogaciones alucinantes y eternas serán la fuente inefable de la Santa Poesía. Y en el futuro quimérico de la apoteosis plena de la Ciencia, siempre habrá una zagalita que llevará dulcemente oyendo las palabras de otro corazón de veinte años, que son las mismas, las perfumadoras, las armoniosas que sonaron en la hora inicial de nuestro mundo y de las demás cosas que ruedan por el espacio infinito. Porque el amor es lo que nos hace pensar seriamente que existe Dios.

Emilio CARRERE.

Argumentos irrefutables

Federico el Grande amaba las disputas y tenía la costumbre de terminirlas con un puntapié en la rodilla de su opositor. Una vez, teniendo fuerte deseo de disputar, preguntó a un cortesano por qué no le decía su verdadera opinión.—Es inoportuno—respondió éste—decir sus opiniones a un rey que tiene tan robustas convicciones y tan sólidas botas.

DE LA VIDA INTENSA



—Pero, ¿por qué te apuras tanto?
—Porque cuanto más despacio vaya, más crece la planta y será más pesada la maceta.

Hierro Nuxado Abre Una Nueva Era de Mujeres Hermosas y de Hombres de Un Vigor de Hierro

Un Médico Dice: — Hace Florecer Rápidamente las Rosas de las Mejillas en las Mujeres y Pone Una Vitalidad Juvenil Asombrosa en las Venas de los Hombres.— Aumenta la Fuerza y el Vigor de las Personas Agotadas, en Quince Días.

Desde el notable descubrimiento del hierro orgánico, el Hierro Nuxado o «Fer nuxate», como se llama en francés, ha conquistado el país por asalto. Calculando por lo bajo, de un modo aproximado, más de tres millones de personas lo toman anualmente en este país. Los resultados más asombrosos producidos por su uso son testimonios dados por médicos y no médicos. Hasta tal punto es esto cierto, que los médicos predicen una era nueva de mujeres hermosísimas y hombres de vigor férreo, para una época cercana.

El doctor Carlos F. Arroyo dice: «Hierro Nuxado es un reconstituyente ideal. Hombres débiles, que habían perdido la esperanza de recuperar su vitalidad perdida, que carecían de la energía necesaria para trabajar y gozar de la vida, fueron transformados después de un corto tratamiento con HIERRO NUXADO. Volvieron dándome las gracias por la feliz idea de haberles recetado tan maravilloso remedio. Mujeres cuyas mejillas habían palidecido a causa de la pobreza de su sangre, padeciendo estados de nerviosismo que hacían la vida carga pesada para ellas, se vieron rejuvenecidas y sus nervios calmados después de tomar HIERRO NUXADO. Yo mismo tomo HIERRO NUXADO y como consecuencia encuentro mi trabajo más fácil y me fatigo mucho menos que antes».

El doctor Ferdinand King, de Nueva York, autor médico, al ser entrevistado a este respecto dijo: «No puede haber hombres de vigor férreo sin hierro. Palidez significa anemia. Anemia no es otra cosa que falta de hierro. La piel de los hombres y mujeres anémicas está pálida, su carne es fofa. Los músculos carecen de tonicidad; el cerebro decae y la memoria falla y frecuentemente esas personas se debilitan haciéndose nerviosas, irritables, apáticas y melancólicas. Cuando el hierro desaparece de la sangre de las mujeres, los colores de su cara también desaparecen. Por lo tanto, si desean conservar la frescura juvenil hasta la edad madura, han de suplir la falta de hierro en su alimentación usando alguna forma de hierro orgánico; del mismo modo que usan sal cuando los alimentos no están sazonados. Antes de usar el HIERRO NUXADO estuve recetando las diferentes sales minerales del mismo metal durante muchos años, tan sólo para conseguir que mis pacientes se quejaran de que su dentadura se oscurecía, su digestión se alteraba y sus deposiciones se endurecían hasta el estreñimiento; hasta que conocí el HIERRO NUXADO, un preparado ingenioso y elegante que contiene hierro orgánico, que no tiene acción destructiva sobre la dentadura, ni efecto corrosivo sobre el estómago y que se asimila por completo pasando a la sangre y dejando sentir su acción rápidamente por aumentar el vigor y fuerzas



La felicidad de un matrimonio depende en el vigor y fuerza física.

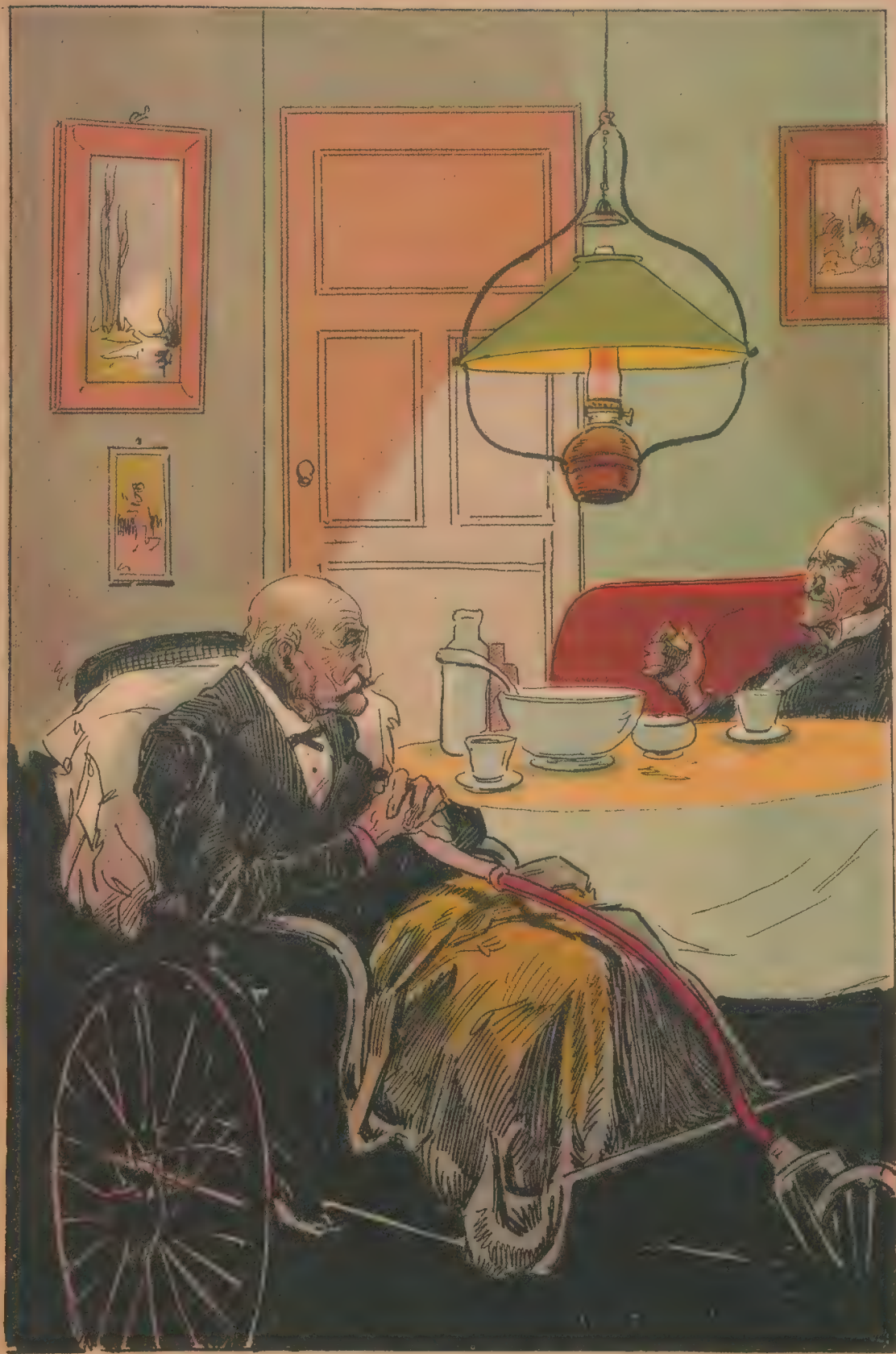
del paciente al poco tiempo. Enriquece la sangre, hace florecer la juventud en las mejillas de las mujeres y es una fuente inagotable de nueva vitalidad capacidad y fuerza para los hombres, que han consumido demasiado rápidamente sus energías en las preocupaciones cotidianas de la moderna vida de negocios».

El doctor L. M. Catrin, famoso especialista de París, al hablar del HIERRO NUXADO, dice: «El hierro es de absoluta necesidad para que la sangre pueda transformar los alimentos en tejido vivo. Sin él, comase lo que se coma, los alimentos pasarán a través del organismo sin producir provecho alguno. No se les saca el provecho necesario, y por lo tanto, el organismo se debilita, la cara empalidece y toma un aspecto enfermizo, lo mismo que una planta que quiere crecer en un terreno que carece de hierro. Si usted no se encuentra fuerte y sano, haga la siguiente prueba, por usted mismo: Mida la cantidad de trabajo que puede producir o cuánto tiempo puede andar sin cansarse. Una vez hecho esto, tome durante quince días dos tabletas de HIERRO NUXADO, tres veces al día después de las comidas. Vuelva usted a medir sus fuerzas y vea lo que ha ganado. He visto docenas de personas nerviosas y agotadas, que se pasaban la vida quejándose, doblar su fuerza y resistencia, y verse libres de todos los síntomas de dispepsia, y trastornos del hígado y otros órganos, en períodos de diez a quince días, por haber tomado simplemente hierro en la forma apropiada. Y esto después de varios meses de estar sometidos a otros tratamientos sin resultados positivos».

NOTA.—Hierro nuxado, prescrito y recomendado más arriba, por los médicos en tan gran variedad de casos, es conocido por los farmacéuticos. Los compuestos de hierro son ampliamente recetados por eminentes médicos de Europa y de América. A diferencia de los antiguos compuestos de hierro inorgánico, se asimila con facilidad, no estropea ni oscurece los dientes, ni altera el estómago; por el contrario, es un remedio eficazísimo en casi todas las formas de indigestión lo mismo que en los casos de agotamiento nervioso. De venta en las principales boticas de esta ciudad.

CONCESIONARIOS:

MENDEL y Cía. - BOLÍVAR, 879
BUENOS AIRES



La confesión de un amigo

—Gracias a Dios, señora, que puedo ahora volver a sentarme tranquilamente a su lado en el sofá. La animación de las fiestas se ha apaciguado y puede usted concederme otra vez unos minutos.

—Oh, estas fiestas de Navidad! Creo que han sido inventadas por un espíritu maligno expresamente para atormentar a los celibataros, para mostrarnos el vacío y la desolación de nuestra existencia sin hogar. Pues lo que para los demás es una fuente de felicidades, para nosotros viene a ser una tortura.

Sin duda no todos nosotros estamos condenados a la soledad: para nosotros también florece a veces la alegría que uno siente en hacer a otros felices, pero el goce puro de la felicidad compartida nos es empañado ya por una especie de reintegración irónica a nosotros mismos, ya por ese deseo, ese sentimiento amargo, que yo llamaría, por oposición a la nostalgia de la tierra natal, la nostalgia del matrimonio.

—¿Por qué no he acudido a desahogar mi corazón a su lado?—dice usted—alma compasiva, que pro-

diga el consuelo con tanta generosidad como el resto de su sexo prodiga la malignidad melosa: es porque hay un pero. ¿No recuerda lo que dice Speidel en su encantadora composición "Los gorrones solitarios", que usted me mandó el tercer día de las fiestas, adivinando tal vez el estado de mi espíritu? "El verdadero celibataro—dice—no quiere ser consolado; desea, cuando se siente desgraciado, gozar, por lo menos, de su infortunio"

Al lado del "gorrón solitario", descrito por Speidel hay otro tipo de celibataro. "el amigo de la casa". No quiero designar con esto a esa clase de individuo que se ocupa de sembrar cizaña en las familias, sino al "tío bueno", al compañero de colegio de papá, que hace cabalgar al bebé sobre sus rodillas y lee a mamá el folletín, cuyos trozos ligeros omite púdicamente.

Conozco hombres que consagran su vida entera al servicio de una familia, hombres que van, sin deseos, al lado de una mujer bonita, adorada en secreto.

—¿Lo duda usted? ¡Ah! esa frase "sin deseos"

es lo que le sorprende. Pero no tiene usted razón para ello. En el fondo de todos los corazones, aun en los más apacibles, hay un deseo fogoso, pero ese deseo permanece encadenado. Permítame que le refiera, como ejemplo, una conversación que tuvieron anteayer, día de San Silvestre, dos viejos muy viejos. ¿Cómo conozco esa conversación? Es un secreto que le ruego me permita guardar. Empiezo, pues.

Como escenario imagine usted, un salón, de muebles antiguos iluminado tristemente por una lámpara colgada del centro del techo, bajo una pantalla verde semejante a las que usaban nuestros padres antes de la era del petróleo. El como luminoso que produce la llama cae sobre una mesa redonda cubierta con un mantel blanco en el que están dispuestos los ingredientes de un ponche de año nuevo; en el medio del mismo mantel hay algunas manchas de las gotas de aceite caídas de la lámpara.

Medio perdidos en la penumbra que produce la pantalla verde están sentados los dos ancianos. Los dos, en actitud cansada y sin fuerzas miraban fijamente delante de sí. Uno de ellos, el dueño de la casa, era un antiguo militar: se lo habría reconocido a primera vista por su corbata rígida y apretada; sus bigotes en punta y a medio afeitarse y el aire marcial que le daban su ceño fruncido; apoyaba las dos manos en el timón de la silla de ruedas en que estaba inmovilizado; en él todo era inmóvil, excepto las mandíbulas que movía constantemente como en una masticación perpetua.

El otro, sentado en el sofá, cerca de su amigo, era un hombre de alta estatura, delgado, de hombros estrechos y cráneo anguloso con frente ancha de intelectual. Echaba débiles bocanadas de humo de una pipa al punto de apagarse. Las mil arrugas de su cara sumida, bajo una corona de cabellos blancos como la nieve, disimulaban esa sonrisa tranquila que sólo puede dar al rostro de un anciano la paz del renunciamento.

Ambos guardaban silencio y en esa tranquilidad profunda no se oía más que el leve crepitar del aceite que ardía y el murmullo ligero de la nicotina en el caño de la pipa. En el fondo obscuro de la sala, el reloj, con voz gastada, anunció las once.

—Es la hora en que ella tenía la costumbre de preparar el ponche—dijo el hombre de frente de pensador;—su voz era suave y temblaba un poco.

—Sí, es la hora—repitió el otro.

Su voz era brusca como si la animara el eco de una orden imperiosa.

—Nunca creí que la vida fuera tan triste sin ella—continuó el primero.

El dueño de casa hizo una señal con la cabeza y sus mandíbulas continuaron moviéndose.

—Nos preparó cuarenta y cuatro veces el ponche de San Silvestre.

—Sí; hace cuarenta y cuatro años que vivo en Berlín y que tú vienes como amigo a esta casa—dijo el militar.

—El año pasado en esta época—continuó el primero—éramos todavía muy felices los tres juntos. Ella estaba sentada ahí, en el sillón, y tejía escarpines para el hijito mayor de Pablo. Se apresuraba, pues era preciso, decía ella, terminarlos antes de medianoche, y lo consiguió. Luego bebimos y hablamos tranquilamente de la muerte. Dos meses después ella nos abandonaba. ¿Sabes que he escrito un libro sobre "La inmortalidad de la Idea"? Tú jamás has podido soportarlo. Bien; yo tampoco puedo soportarlo desde que tu mujer ha muerto. La idea del mundo entero ya no vale nada para mí.

—Era una excelente mujer—dijo el marido.—Siempre se preocupaba de mi bienestar, y cuando el servicio me llamaba a las cinco de la mañana, se levantaba antes que yo para prepararme el café. Sin embargo, también tenía sus defectos, y cuando, por ejemplo, se ponía a filosofar contigo... ¡oh, entonces!

—¿Jamás la has comprendido!—murmuró el otro y en sus labios se insinuó una señal de cólera, reprimida en seguida. Pero la mirada que detuvo largamente en el rostro de su amigo, era triste como si su conciencia le reprochara alguna falta. Después de un momento de silencio, empezó a decir:

—Oye, Franz: es preciso que te diga una cosa que me atormenta hace mucho tiempo y que no podré llevarme conmigo a la tumba.

—Bien; menos ceremonias—dijo el dueño de casa, tomando la pipa larga que había apoyado en la silla de ruedas.

—Entre tu mujer y yo hubo un día algo...

El otro dejó caer la pipa y miró fijamente a su amigo, muy abiertos los ojos. Al fin pudo hablar:

—No quiero bromas, doctor.

—Desgraciadamente es serio, Franz. Hace más de cuarenta años que guardo este secreto; ha llegado el momento de que me explique contigo.

—¿Quieres decir, acaso, que la muerte me ha engañado?—gritó el otro, encorvado.

—¿No tienes vergüenza, Franz?—dijo el amigo con sonrisa suave y triste.

El anciano militar gruñó algunas palabras indistintas y encendió la pipa.

—No; era pura como un ángel—continuó el otro. —El culpable eres tú... soy yo. Oye. Hace ahora cuarenta y tres años: tú acababas de ser enviado a Berlín como capitán y yo era profesor en la universidad. Eras entonces un mozo de vida desordenada, ¿te acuerdas?

—¡Hem!—murmuró el otro anciano llevándose la mano temblorosa al bigote como para enderezarlo. —Había entonces una actriz de grandes ojos negros y dientecitos blancos... ¿te acuerdas?

—¡Oh, me acuerdo! Se llamaba Blanca.—Y una sonrisa triste iluminó su cara ajada.—Sus dientecitos blancos sabían morder, te lo aseguro.

—Engañaste a tu mujer y ella lo sospechó; pero no dijo nada y ocultó su dolor. Tú no viste nada, pero yo lo advertí. Era la primera mujer que yo conocía después de la muerte de mi madre. Había entrado en mi vida como un astro brillante y yo elevaba a ella mis ojos como hacia un astro brillante. Tuve el valor de preguntarle la causa de su pena. Sonrió y me respondió que estaba aun un poco enferma; como sabes, tu hijo Pablo había muerto poco tiempo antes. Llegó la noche de San Silvestre. Vine, como de costumbre, a eso de las ocho. Ella estaba bordando, sentada, y yo leía en voz alta, esperándote. Pasó una hora... luego otra... y tú no llegabas. La ví estremecerse, llena de alarma, y me estremecí con ella. Yo sabía bien dónde estabas y temí que en compañía de esa mujer olvidaras que se acercaba la medianoche. Ella había dejado de bordar y yo de leer. Un silencio terrible pesaba sobre nosotros. De pronto vi que una lágrima brillante se asomaba a sus pestañas y caía sobre su labor. Me levanté precipitadamente para ir a buscarte. Me sentía capaz de arrancarte a la fuerza del lado de aquella mujer. Pero, en el mismo instante, ella se puso de pie y dejó su sitio, el sitio que ocupó ahora.—¿Adónde quiere ir?—exclamé;—su cara expresaba una angustia indecible.—A buscar a Franz—repuse.—Entonces ella lanzó un grito: —¡Por favor! ¡por Dios! quédese a mi lado usted al menos. ¡No me abandone! y precipitándose hacia mí me puso las manos en los hombros y dejó caer en mi pecho su rostro bañado en lágrimas. Me estremecí violentamente, pues nunca había sentido a una mujer tan cerca de mí. Sin embargo, logré dominarme y traté de consolarla. Tenía tanta sed de consuelo! Instantes después entraste tú. No viste mi turbación; tenía las mejillas inflamadas y en tus ojos se leía la fatiga que da la embriaguez del amor. Desde esa noche de San Silvestre hubo en mí un cambio que me asustó. Desde que sentí en mi cuello sus brazos delicados y respiré el perfume de su cabellera, el astro había bajado del cielo y ante mis ojos audientes se erguía bella y envuelta en efluvios de amor, la mujer. Me llamé miserable y traidor, y para reconciliarme a medias con mi conciencia me propuse separarme de la que amabas.

Tuve alguna suerte: ella aceptó, para romper relaciones contigo, la suma que le ofrecí y...

—¡Al diablo!—interrumpió el otro anciano, sorprendido—entonces fué por tu instigación que Blanca me escribió aquella conmovedora carta de adiós en que me declaraba que le era preciso, con el corazón desgarrado, renunciar a mi amor?

—Sí, fué por mi instigación; pero oye lo que sigue. Cnei que con ese dinero podía comprar la tranquilidad. No fué así. Las ideas locas remolineaban cada vez más violentas en mi cerebro. Me sumergí totalmente en mis estudios. En esa época se me presentó la concepción primera de mi "Inmortalidad de la Idea". Mas nada de eso bastaba a devolverme la calma. Así pasó todo un año y volvió la noche de San Silvestre. Otra vez me vi sentado frente a ella en este mismo sitio. Esa noche tú estabas en la casa, pero dormías, tendido en el canapé, en el aposento contiguo. Habías vuelto cansado, después de una alegre cena en el club. Yo estaba sentado a su lado, fija la mirada en su rostro pálido, cuando el recuerdo me asaltó con una violencia irresistible. Una vez más, una sola vez, quería sentir su cabeza en mi cuello; quería besarla y desaparecer. Nuestras miradas se encontraron y creí ver brillar en sus ojos un fulgor de inteligencia secreta. Entonces no pude más, me arrojé a sus pies y dejé caer mi cabeza ardiente en sus rodillas...

Dos segundos habría estado en esta actitud cuando con voz suave:—Valor, amigo mío.—¡Sí, valor! No hay que engañar al hombre que duerme, lleno de confianza en la habitación de al lado.—Me puse de pie, arrojando a mi alrededor miradas de extravío. Pero ella tomó un libro de la mesa y me lo tendió. Lo comprendí; allí el libro al azar y me puse a leer. ¿Qué leí? No lo sé: las letras saltaban delante de mis ojos. Sin embargo, poco a poco la tempestad se apaciguó en mi alma y cuando sonaron las doce de la noche, cuando tú entraste y nos dirigiste el acostumbrado saludo de año nuevo, me pareció que aquel minuto culpable estaba muy lejos de mí, muy lejos, desaparecido en el pasado.

Poco a poco recobré la calma; desde entonces

sabía que mi amor no era correspondido y que de ella no tenía nada que esperar, nada más que un poco de piedad. Pasaron los años, los años fueron grandes, se casaron y tuvieron hijos, pero yo no dejé de amarla—me hubiera sido imposible—pero mi amor se transformó: los deseos terrestres se fueron desvaneciendo y poco a poco fueron reemplazados por una especie de comunión espiritual. ¡Cuántas veces te reías cuando nos oías filosofar! Si hubieras sospechado que en ese momento nuestras almas se confundían en una sola, acaso hubieras sentido celos.

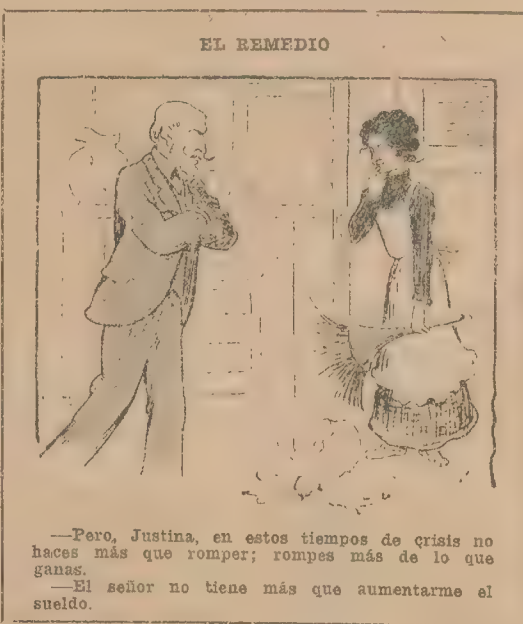
Y ahora ella está muerta. Tal vez el día de San Silvestre del año que viene, estaremos los dos a su lado. Es tiempo de que me redima de ese secreto y que te diga:—Franz, un día te ofendí; perdóname...

Tendió la mano a su amigo, con gesto humillado, pero el otro, refunfuñando, dijo:

—¡Oh, tonterías! ¿qué tengo que perdonarte? Ese secreto que crees confesarme hoy, lo conozco hace mucho tiempo. Ella me refirió todo eso hace cuarenta años... Y ahora voy a explicarte yo por qué anduve tanto tras las mujeres hasta mi vejez: en la misma época ella me confesó que tú eras el único amor de su vida...

El "amigo de la casa" lo miró fijamente, sin decir nada; el reloj, con su voz gastada, sonó las doce.

Hermann SUDERMANN.



—Pero, Justina, en estos tiempos de crisis no haces más que romper; rompes más de lo que ganas.
—El señor no tiene más que aumentarme el sueldo.

LAS CAMPANAS

I

Por el aire se dilata
Alegre campanileo...
Son las campanas de plata
Del trineo.

¡Oh qué mundo de alegría expresa su melodía!

¡Que retintín de cristal
En el ambiente glacial!
Mientras las luces astrales
Que titilan en los cielos
Se miran en los cristales
De los hielos,
Y sube la nota única
Como una ágil rima rúnica
Que allá en la noche serena

Va dilatando sus ecos por el último confin,
Y la campanilla suena

Dilín, dilín.
Melódica y cristalina
Suena, suena
Suena, suena, suena, suena
La nota ágil y argentina

Con metálico y alegre y límpido retintín.

II

Escuchad! un dulce coro
Puebla la atmósfera toda,
Son las campanas de oro

De la boda;

¡Qué mundo de venturanza la plácida nota lanza!

Su voz como una caricia
O como un suave reproche
Desgrana en la calma noche
Las perlas de su delicia;

Son las áureas notas una fuente de ledo murmullo
O el enamorado arrullo de la tórtola; la luna
En la dormida laguna vierte miradas de plata
Y en el éter y en las linfas papita la serenata,
¡Y cómo en los aires flota
La áurea nota!

¡Cómo brota,

Cual dice de dicha ignota

En el balsámico efluvio de noche primaveral!

¡Y cuán dulce y cuán sonoro

Din dan, din dan!

Es el coro

Din dan, din dan!

De la campana de oro

Que en su lengua musical

Celebrando está el misterio de la noche nupcial!

III

¡Turba el nocturno sosiego

Súbita alarma y entonce

La gran campana de bronce

Toca a fuego!

¡Qué terrífica pavora la siniestra nota augura!

Es desesperado ruego

Desgarrador y tenaz

Al rojo elemento ciego

Cada instante más frenético, cada instante más voraz;

En indiscriptible pánico

El cataclismo volcánico

Con rauda impulso titánico

Avanza; la campanada alarido es de terror,

Sigue el bronce, sigue el bronce con su clamoroso

Diciendo

¡Estruendo

Cuál crece el peligro horrendo

Cuál se inflama

La llama

Y la luna como forma de sangriento tabernáculo,

Alumbra el rojo espectáculo

En su fantástico horror.

Y el bronce alarmante clama

Clama, clama.

Como se extiende la injuria

Del incendio y crece en furia

Y es ya locura y pavor...

Bajo cielos escarlatas se extiende inflamado manto,

El espanto

Entanto

Crece y sigue la campana de su rebato el clangor

Y en ese fracaso armigero.

¡Dan dan, dan dan!

Crece el estrago flamígero

¡Dan dan, dan dan!

Al son violento que dan

Las campanas de la torre que tocando a fuego están!

IV

Dobla y dobla lentamente

Negra campana de hierro

Que invita con son doliente

Al entierro.

¡Qué solemnes pensamientos despiertan esos acentos!

Del lento y triste sonido

Cada toque, cada nota

En el vago viento flota.

Como doliente gemido,

Y de la noche en la calma

El melancólico son,

Siente estremecida el alma

Cual solemne admonición.

Se desprenden esos dobles lúgubres y funerarios

De los altos campanarios

En fúnebre vibración;

En esos dobles alienta algún espíritu irónico.

Que a cada nota que zumba,

Con agrio gesto sardónico

Rueda implacable y derrumba

El humano corazón!

Quienes tañen las campanas de los toques funerales

No son pobres campaneros, no son sencillos mortales

Son espectros sepulcrales!

Y es el rey de los espectros quien toca con más tesón.

Pausado, implacable, lento

Su toque a cada momento

Resuena como un lamento

Fregonando la hora única

En extraña rima rúnica,

Y parece que sintiera intenso placer diabólico

En este toque simbólico

De muerte y desolación.

Din dan, din don

Din dan, din don,

Dobla, dobla el son monótono, dobla el toque funeral

Y el Rey espectro su gozo

Refina en este sollozo,

En este intenso suspiro

Que en su giro

Remeda el doble augural

Que va recordando al hombre de su existencia el

El toque sigue y no cesa [final.

Y vibra en el alma opresa

Sordamente como un cuerpo que cayera en una

Din dan, din don

Resuena en el corazón

Din dan, din don

De la campana que dobla el lento y lúgubre son!

Edgard POE.

(Traducción de Carlos Arturo Torres.)

"Diavolina"



Graciosa y gentil cupletista que, a pesar de su corta actuación entre nosotros, ha conseguido una sólida reputación como artista seria y elegante. "La Diavolina", por su corrección y respeto en escena, es correspondida por el público, viéndose noche a noche llena su sección en el teatro Florida, donde lo más distinguido de Buenos Aires va deseoso de aplaudirla.

La revolución en Mar del Plata



El contraalmirante Martín y los representantes de la policía, de la armada y de la guardia blanca, que asistieron al entierro del agente Juan Pérez, muerto en las circunstancias que son del dominio público.



Señor Juan Antonio Aguirre, iniciador de la guardia blanca, dando órdenes.



El doctor Luis María Campos Urquiza.



El doctor Manuel Quintana.



Señor Juan Carlos Barla, el intrépido subprefecto.



El general Vallée, el doctor Fermín Rodríguez y el contraalmirante Martín.



El general Vallée y el diputado Alejandro Miñones, recorriendo la línea.



Una patrulla de la guardia blanca, acompañada de marineros armados, como medida de precaución.



La guardia de marinería de la armada, prestando servicio en la Rambla.



Los centinelas de la Loma, cuya actuación llevó la tranquilidad al ánimo de los potentados que temían el reparto.

NOTAS ESTUDIANTILES



Bachilleres egresados este año del Colegio Nacional Mariano Moreno. Primera división. De izquierda a derecha, sentados: señores A. Tractinsky, J. Ibarborde, G. Armanino, G. A. Dellpiane, Rosendi (jefe de celadores), J. da Rocha, E. Arambarri, F. de Lera, L. Halperin. De pie, primera fila: J. Dillon, E. Daneri, I. Blanco, A. C. Pasi, N. Scher, J. Serrano, S. Carovich, L. Balarino, M. Joselevich, I. Pirosky, A. Aristizabal. Segunda fila: R. A. Perdelanne, Z. Santos, H. Giangiacomo, R. Deppiaggi, J. Pohl, L. Repetto, J. Conci, E. L. Carballada, R. Olivari, A. Gouchoud. En círculo: Jorge Thénon, que se ha distinguido en sus estudios del bachillerato.



Tercera división. De izquierda a derecha, sentados: señores M. Arruti, A. Villar, O. Crospi, M. Vignoli, Rosendi (jefe de celadores), E. Jaskevich, L. J. Sanguinetti, B. Klurfan. Segunda fila, de pie: Mayordomo del colegio, A. Ibarbia, E. Cassella, A. Marshall, J. M. Lamuraglia, J. J. Rodríguez. Tercera fila, de pie: J. C. Menéndez Casariego, E. Garbini, A. C. Fernández, A. Lungarro, F. Frugone, N. B. Allende.



Segunda división. De izquierda a derecha, sentados: señores D. Vacarezza, H. Repetto, R. Balbiani, J. Mingo, Rosendi, C. Eiriz, D. D'Alessandro, J. Rabuffetti, A. Calviello. Segunda fila, de pie: A. Bassi, A. Marcucci, M. Avellaneda, J. Shpak, E. Volpi, J. Carbone. Tercera fila, de pie: L. Gullea, P. Rizzi, A. Rizzo, J. Miguel, M. Panicci.

De la huelga revolucionaria



Soldados del 2 de infantería, custodiando la locomotora de un tren local del Ferrocarril Central Argentino



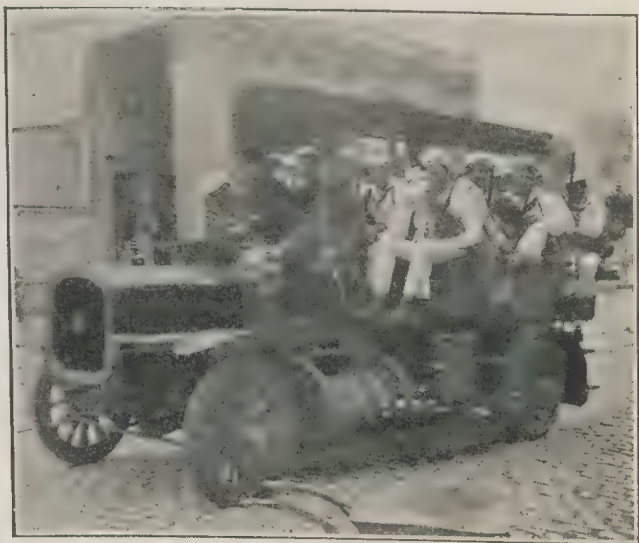
General de división Luis J. Dellepiane, jefe de las fuerzas de la capital, a cuyo tacto y energía se debió el restablecimiento del orden



Guardia armada en la plataforma de uno de los trenes en circulación.



Zorra automóvil exploradora, que precedía la marcha de los trenes eléctricos del Ferrocarril Central Argentino, y parte del cabin número 1 de la estación Retiro, militarmente ocupado



Camión de bomberos conduciendo fuerzas de marinería, a los focos del tiroteo en las calles de la capital



Una patrulla de la guardia de seguridad de caballería recorriendo los radios centrales de la ciudad



—Carne flor, verdurita fresca con papas arenosas que se deshacen en la boca mesmo que oleaje contra el tambor de un piróscapo de Mianovich, pan de 1.^a, y de yapa, $\frac{1}{2}$ de birra trapé. ¡Lástima qu'este baile dure poco, mi cabo!...



Auto de fe maximalista realizado en un ídem de carrosería burguesa, frente a las oficinas de la sucursal N.º 7 del Banco de Galicia y Buenos Aires.



Relievo de fuerzas policiales en uno de los acantonamientos establecidos en las estaciones ferroviarias.



El popular jefe de la confitería y restaurant de la estación Retiro C. A., señor José Trinchetti, probando el substancioso "consommé" preparado bajo su hábil dirección y destinado a amainar el "ragú" de las tropas de marinería.



Aspecto que ofrecía la Avenida de Mayo durante los días en que se desarrollaron las actividades bélicas maximalistas.



Mayor Fortunato Valotta, alférez de navío José D. Castrillón, teniente primero Pastor Baldasarre, alférez de fragata Otto Fischer y subteniente Oscar E. Silva, que tuvieron bajo su mando las fuerzas del ejército y armada, destacadas en la estación Retiro y las destinadas a vigilar las vías y custodiar los convoyes.



Momentos después de haber tenido lugar el asalto que los correligionarios de Trotsky llevaron contra el Colegio y Capilla de Jesús Sacramentado.



La caza de los vehículos a nafta, de las clases privilegiadas, durante los ojeos realizados por los elementos subversivos que se dedicaron a este deporte.



Interior de un vagón de primera clase del F. C. C. A. ocupado por la marinería, en las horas de descanso concedido a las tropas.



En la plaza del Congreso.—Campamento de tropas del ejército, improvisado al pie del monumento a los dos congresos.



Comentarios en la vía pública, a raíz del ataque llevado por los delegados de un soviet contra la elaboración farinácea de una panadería central.



El señor Petersen, ex estudiante de medicina, poeta a ratos perdidos y actualmente ponderado empleado del F. C. C. A., desarrollando ante un pelotón de milicos del 1.º de infantería, una sesuda conferencia sobre las propiedades alimenticias que encierran cada uno de los componentes de la "tumba" que hierve en segundo término.

ODIO

I

La acción, en un huerto de naranjos de la antigua Castalia.

Centenares de cometas de rizada y ondulante cila salpican el purísimo azul de la bóveda celeste.

La tarde, tibia, de primavera.

Una brisa que parece un suspiro, trae del mar emanaciones salinas; gorjeos de pájaros, aromas de flores...

Por donde quiera, de los naranjales y de los "masetes" saltan carcajadas jubilosas, conversaciones alborozadas, gritos desgarrados, lloros rabiosos de niños, interjecciones hombrunas y chillidos femeninos; melodías de canciones populares y el siseo entrecorrido y culebreante de los cohetes rastreros y de los cohetes voladores, que surgen sembrando chispas, fogonazos y detonaciones...

Del "maset" blanquísimo y coquetón sale ANTONIO en dirección a LUISA, que, sola y de espaldas al edificio, vuela su cometa en el andén central del huerto.

LUISA.—(Canturreando, tristonza, a la vez que da nerviosos tironcitos al bramante de su cometa):

¡Cómo quieres que yo cante,
si hasta mi pobre guitarra
lleva lágrimas de sangre!...

ANTONIO.—Luisita, perdón. Para recuperar la prenda que he perdido jugando, me obligan a hacerle el amor a usted. Yo la dejaría perder, si sólo se tratara de molestarla y no de cumplirse más que un placer muy grato, una necesidad de mi alma... Los que dirigen el juego han creído ocasionarme una contrariedad, porque la saben a usted desdeñosa, y me proporcionan el gusto de repetírsela una vez más lo que usted de sobra sabe...

LUISA.—Y a mí la molestia de contestarle como siempre...

ANTONIO.—¿Pero no me querrá usted nunca?... Me he expresado mal, aunque en el fondo sea mi deseo que usted me quiera... Es tal el amor mío, que por verla feliz desearía que usted se enamorase... Porque yo creo que amor y felicidad son una misma cosa...

LUISA.—Cuando existen... sí...

ANTONIO.—Habla usted como si su corazón hubiera amado alguna vez. Y sin embargo, tiene usted reputación de persona extraña... Siempre solitaria, no se la ha conocido amor ninguno, ni siquiera ese ensayo que todas las niñas confunden luego con el primer amor... sin explicarse nunca cómo habiendo sido el primero, el más perdurable según el cantar popular, fué el que menos rastro dejó en el alma... ¿Por qué huye usted de todos y no toma parte en nuestros juegos y en nuestros bailes?... (Viéndole estremecerse). ¿Qué tiene usted?... ¿Está usted mala?

LUISA.—No... no sé qué tengo... Estoy muy nerviosa, con esa intranquilidad, esa especie de sobresalto que se padece cuando va a ocurrirnos algo grave... No se alarme usted: no tendré la suerte de morirme...

ANTONIO.—¿Morir! ¿Piensa usted en la muerte?...

LUISA.—¿Vale la pena de pensar en la vida?

ANTONIO.—Luisilla, por Dios... Si no la conociera bien, pensaría que está usted enferma del peor mal: enamorada sin saber de quién, como se está a los catorce años... enamorada por amar... Enfoque usted el calor de ese amor hacia el mío y nos abracemos de dicha... Creo merecerlo...

LUISA.—Nunca he dicho que no lo merezca.

ANTONIO.—Pues, entonces...

LUISA.—Es que el amor se riñe a todo menos al mérito... Por lástima, pocas veces, y entonces no es amor, sino esclavitud... Porque sí, sin razón, contra toda razón, casi siempre, y entonces, que es cuando más esclavo parece el amor, más señor y más tirano es... y más goce proporciona...

ANTONIO.—(Sorprendido). ¡Luisa! Esas palabras no son ya de enamorada que no sabe de quién es su amor... Son de corazón que lo ha sufrido y que lo llora. Seis años de adoración tan rendida, tan tierna y tan leal como la mía, ¿no merecen siquiera el alivio de una confidencia?... Que sepa yo qué enemigo tengo dentro de su corazón... con quién he de luchar.

LUISA.—No, Antonio; me quiere usted demasiado y...

ANTONIO.—¿Y sería grande mi desencanto?... Tal vez fuera menos cruel que una engañosa esperanza o una incertidumbre... Por el cariño que siempre le tuve a usted...

LUISA.—No, no quiero, no puedo hablar... (Se echa a llorar).

ANTONIO.—¿Por qué llora usted?

LUISA.—No sé... los nervios... Yo quisiera amarle a usted... Le he dicho siempre que es imposible... Va usted a saber por qué: porque yo he querido mucho, muchísimo a otro... desde los diez años... cuando aún iba de corto y jugaba a la comba... Y hoy, hoy odio tanto, que no hay en mí alma un resquicio para otro amor...

ANTONIO.—¿Y cómo no se sospechó nunca?

LUISA.—Porque fué verdadero amor... El verdadero amor se oculta con igual pudor que una desnudez, como un abandono; que desnudez y abandono del alma es el amor...

ANTONIO.—Pero, usted, cómo...



LUISA.—Yo me declaré a él, porque no podía más con mi secreto... ¿No nos dicen ustedes que nos quieren, sin que nosotras se lo preguntemos? Yo se lo dije porque él me lo preguntó. Fué en día como el de hoy, y yo casi una niña: catorce años... Hacía cuatro que le quería... Era la primera Pascua que me permitían alternar con los pollos, con las muchachas. Nunca como en aquel día sentí tristeza que tanta alegría pudiera darme... En este maset nos habíamos reunido a comer la mona, como hoy, varias familias. Pasamos la tarde jugando, bailando... Al merendar, le tocó a él sentarse a mi lado... Al concluir, no sé cómo fué: estaba yo triste a fuerza de estar muy alegre... Queriéndome consolar, me preguntó la causa de mi estado de ánimo... Insistió, me habló amorosamente. Yo me resistí, defendí mi secreto. De vuelta a la ciudad, a la luz de las estrellas, fué mi pareja... Y entonces, acabé por confesarle que le quería, que le había querido desde la primera vez que lo presentaron en mi casa, siendo yo una niña: diez años... Le confesé la impresión que me había hecho su beso inconsciente al despedirse, delante de todos, un beso que me había dejado calor de fuego en la mejilla y en el alma...

ANTONIO.—¿Y fueron ustedes felices?

LUISA.—En secreto, apenas nos hablamos. Hablaban por nosotros nuestros ojos y nuestra pluma... aún nos decíamos más cosas al mirarnos que al escribirnos... Como mi familia se oponía a que tuviera relaciones antes de los diez y ocho años, hubimos de ocultar las nuestras... Unos meses fataban

solamente para declararlas, cuando él desapareció de esta ciudad...

ANTONIO.—¿No era de aquí?

LUISA.—No. Vino empleado en Hacienda. Desterrado, más bien... Sus padres, convencidos de no lograr su empeño de hacerle abogado, le enviaron aquí desterrado con un empleo... Y él vino porque sí, quizá siguiendo su destino, que debía ser el de hacerme desgraciada... Su afición su vocación estaba en la pintura, y sus padres se oponían a que luchase en aquel arte... Cuando se cansó de la monotonía de esta ciudad y de mi amor, levantó vuelo...

ANTONIO.—¿Sin avisarla a usted?

LUISA.—Sin volver a escribir más... En Madrid ha triunfado... En la última Exposición de Bellas Artes ganó una segunda medalla... Y tuvo el mal corazón de enviarme todos los periódicos que hablaban de él, sin escribir siquiera de su puño las fajas que los envolvían... Como si yo le hubiera hecho algún daño...

ANTONIO.—¿Qué mal corazón!

LUISA.—No, malo, no: extraño... Era y es muy raro... Yo creo que me quiso y que dejó de quererme...

II

Es de noche.

LUISA.—(Que acaba de merendar, se ha salido al huerto, huyendo de la alegría general, que la colma de tristeza ve venir un bulo y grita). ¡Ay!

EL INGRATO.—¿No grites!

LUISA.—¿Tú? ¿Tú!

EL INGRATO.—Sí, yo. Toda la tarde como alma en pena, acechando el momento de hablarte a solas... He llegado esta mañana de Madrid, para no volverme sino casado contigo.

LUISA.—¿Conmigo, nunca! ¡Vete! ¡Te odio!

EL INGRATO.—(Sonriendo, triunfador).—¿Mucho?

LUISA.—Con toda mi alma.

EL INGRATO.—Eso es lo que yo quise cuando te abandoné... Llenar de odio tu alma, para que ningún otro amor pudiera invadirla... Al decidirme a luchar por el triunfo en mi arte, tuve miedo a tardar en lograrlo, a que te cansaras de esperar a que te casaran con otro...

LUISA.—(Con voz ahogada, no sabe si de rabia o de amor). ¡Vete! ¡Vete! No sabría amarte... Sólo sé odiarte...

EL INGRATO.—(Tomándola por el talle con amor violento). ¿Qué sabes tú lo que sientes? ¿Se parece tanto el odio al amor?... Mañana te convencerás... Ya ves, ni fuerza has tenido para soltarme... ¿Te acuerdas del primer beso que te di, cuando eras una niña, menos niña que ahora, aunque parezca lo contrario? (Ella reclinó desmayadamente la cabeza en su hombro).

(Un cohete volador estalla en el cielo obscuro, desgranando puñados de luces de colores, como estrellas que los angelitos machucaran para festejar la resurrección de un idiota.)

E. GONZALEZ FICL.

Esponjas raras

Las esponjas son animales que comen y digieren. Comienzan su vida siendo tan diminutas como las angulas y después de haber vivido poco tiempo en libertad en el mar, se adhieren a una roca y comienzan a desarrollarse.

Al crecer adoptan muy diversas formas. Unas se extienden ramificándose en todos sentidos, como dedos por cuya causa se las denomina en muchas partes "guantes de sirena". Hay también esponjas como abanicos, esponjas como árboles y esponjas de forma de copa. Las hay también que forman como una alfombra sobre las rocas, y esponjas llamadas por los pescadores "nidos marinos" por su semejanza con los nidos de las aves.

En las aguas profundas de las inmediaciones de Portugal y del Japón se encuentra una especie llamada "cuerda de cristal" porque tiene el aspecto de una cuerda de cristal hilado, y otra especie muy bonita que se encuentra en aguas de Filipinas se denomina vulgarmente "cesto de flores de Venus".

Generalmente las esponjas sirven de refugio a ciertos animales marinos pequeños, pero hay una llamada esponja perforante que es fatal para las ostras. Se adhiere a la concha de estos bivalvos y la perfora lentamente hasta que llegan al interior y mata a la ostra.

Las mejores esponjas vienen de Levante, del Mediterráneo occidental y las pescan los buzos. Estos suelen cortar trozos de las esponjas grandes y los atan a unas estacas para que no se los lleve la corriente. Los trozos de esponjas crecen y llegan a alcanzar enorme tamaño.

Las esponjas se crían también en las Antillas donde las arrancan de las rocas con una especie de tenedor atado a un largo palo. Los pescadores de esponjas de aquellas regiones las buscan con un cubo que tiene el fondo de cristal.

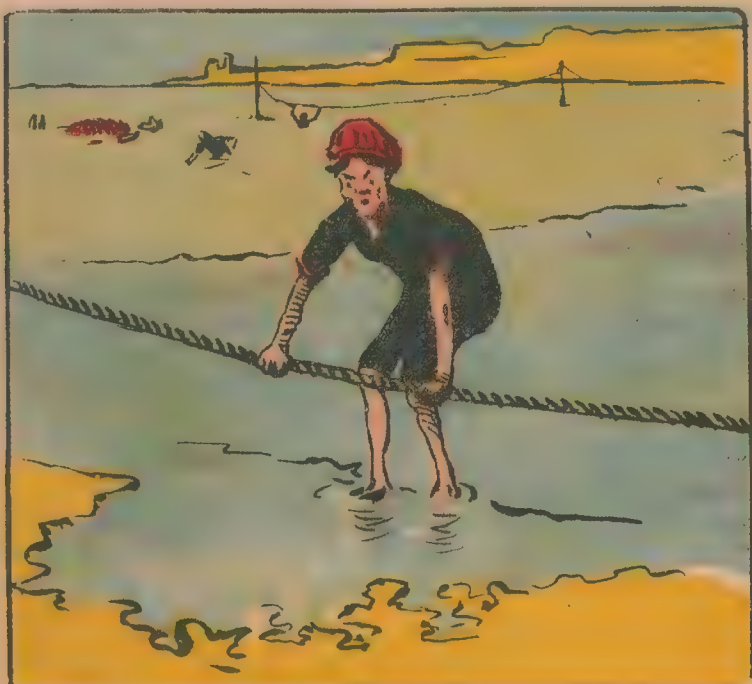
MAR DEL PLATA — El veraneo humorístico, por Baudilio Alió.



Conviene, ante todo, conocer la opinión de los veraneantes sobre los baños. Así este señor opina que deben tomarse cortos.



En cambio, este otro asegura que deben ser largos, larguísimos.



Para esta señorita, el mar tiene que estar tranquilo. Sólo así hay placer.



Pero esta señora opina lo contrario. Olas fuertes, enérgicas, bravas, eso es bañarse.



Hay personas para quienes el baño de mar es una cosa muy inferior.



Y, por último, existen otros que no se explican cómo agrada la ablución marina. ¡Es una locura!

OBSEQUIO del POLVO GRASEOSO LEICHNER

\$ 4.650 en efectivo -- 1.287 premios
PARA CUARTETAS

Algunas de la enorme cantidad de cuartetos que recibimos diariamente.

El mejor regalo
que se puede hacer
es polvo graseoso
marca Leichner.

M. Zamora.
Avellaneda 3289.

Para conservar el cutis
fresco, puro y perfumado
está el polvo de Leichner
que es de todos codiciado.

R. García.
Rosario.

—¿Usas un polvo tan rico!
—dijome Elvira anteayer.
—Compra—le dije yo al punto.
Es el Graseoso Leichner.

L. F. Morón.
Cavia 3164.

Que rostro no aparece bello y
fresco,
del duro corazón nace el amor.
usando el polvo de Leichner, no
piensas
que a tu pasión le hostigará el dolor.

Adelina Barlone.
San Martín 51.

Es al polvo graseoso de Leichner,
venido de la corte celestial,
a quien rinde su tributo la mujer
y a quien debe su belleza angelical.

Angélica Irene Tisne.
Díaz Vélez 3381.

Polvos de arroz hay muchos,
buenos habrá dos o tres,
mas de clase inmejorable
sólo hay uno: es el Leichner.

A. Bornardi.
San Nicolás.

No ha habido polvo graseoso
ni jamás existirá
como la marca de Leichner,
la que nadie igualará.

Dolores G. de Pueblo.
San Urbano.

Un cutis terso e impecable
con esto sólo se obtiene
usando toda la vida
el polvo graseoso Leichner.

Celia R. de Le Tesson.
Bahía Blanca.

Para las jóvenes señoras
que deseen embellecer,
usen el fino polvo
graseoso de Leichner.

M. D. Fernández.
C. de Gómez.

Es belleza angelical
la que nos brinda el graseoso
de Leichner, tan poderoso
y de fama universal.

Gloria L. Dieste.
Chorrecarín 1047.

Por su perfume exquisito,
por su finura y candor,
el polvo graseoso Leichner
no admite igualador.

Teresa Pascuzzi.
Avellaneda.

Es el polvo que dió a la mujer

[belleza,
salud y dicha a la vez,
esa tersa blancura dió a su tez.

No hay polvo como el Leichner.
[pues.

V. S. Monticelli.
Paraná 940.

Todas las contestaciones deben ser enviadas a Concurso Polvo LEICHNER a/c: de

MENDEL & Cía.

BOLIVAR, 879 BUENOS AIRES

IMPORTANTE.— No será tomada en cuenta ninguna cuarteta que no venga acompañada de la mitad de la estampilla fiscal (donde va nuestra firma) que viene adherida en cada caja, en la faja de seguridad.

ESTAMPILLA

Como el Pavo Real, por su esbelta y gallarda figura y su espléndido plumaje, es símbolo de belleza. Es también símbolo de divina belleza en el tocador de toda dama elegante, el exquisito e incomparable POLVO GRASEOSO

LEICHNER

"Fray Mocho" y los Reyes Magos

Transcribimos a continuación las comunicaciones que hemos recibido, con motivo del envío de juguetes, que hiciera Fray Mocho, a los niños asilados en algunos establecimientos de beneficencia de la capital.

Comitato Italiano di Guerra

Buenos Aires, enero 4 de 1919.

Señor director de la Revista FRAY Mocho.

Buenos Aires.

Muy señor mío.

Con el mayor agrado acuso recibo de su atenta fecha 3 del corriente y me es sumamente grato manifestar al señor director las más sentidas gracias por el acto gentil y humanitario cumplido por usted, dedicando en ocasión de la Pascua de Reyes, un lote de juguetes para ser repartidos en los niños de los reservistas italianos.

Al agradecimiento que expresamos en nombre de este Comitato se une el de los niños favorecidos.

Reciba, señor director, los obsequios más distinguidos.

José Devoto, presidente.—Juan D. Roller, secretario general.

Asilo de Niños Ramón L. Falcón

Buenos Aires, 6 enero 1919.

Señor director de FRAY Mocho.

Muy señor nuestro.

Muchas gracias, muchísimas gracias por su obsequio de juguetes; FRAY Mocho viene como todos los años a traer un suave rayo de luz a las algrías tristes de los niños de esta casa, embelleciendo sus sueños azules haciéndoles pensar que no todos son malos, que hay siempre quien recuerda que los desheredados de la suerte no tienen reyes magos.

Lamentamos no haya podido presenciar usted el inmenso alegrón de

estos pobres niños al recibir su chicho cito, ¡qué vocerío; viva FRAY Mocho! viva el amigo de los pobres que se acuerda de nosotros, y las ponderaciones consiguientes sobre el juguete que a cada uno le tocó en suerte. Cuántas personas, si presenciaron estas escenas que conmueven hasta las lágrimas, serían más buenas con los perseguidos por la adversidad y los prodigarian el cariño que les deben ayudándolos a soportar con resignación las nostalgias del hogar y la ausencia de las dulces caricias maternales. ¡Dígame va la humanidad, qué piensa! El pavoroso ejemplo del incendio que actualmente amenaza todas las instituciones, ¿no le enseña? ¡No quiere aprender! ¡Cuidado no tengamos que exclamar luego tarde!

Saluda al señor director con su mayor atención.

José F. Ferretti, presidente.

Durante las exploraciones llevadas a cabo en Venezuela por el botánico Rose, del "Museo Smithsonian", ha encontrado y recogido curiosos ejemplares de la planta conocida con la denominación de "sabadilla", cuyas simientes producen gases asfixiantes, semejantes a los utilizados en la guerra por los alemanes.

Estas simientes son extraordinariamente venenosas; su polvo solamente irrita los ojos, de tal modo, que los trabajadores empleados por el doctor Rose para recogerlas, se vieron obligados a usar careta protectora para poder trabajar sin peligro alguno.

Parece ser que los alemanes, antes de estallar la guerra actual, habían adquirido toda la producción de esta clase de simientes de "sabadilla" que pudieran embarcar en la República de Venezuela.

Estas simientes, así como los productos de ellas derivados, son hoy considerados como contrabando de guerra.

TALLER DE COMPOSTURAS



—Ya verás, Ramonico, como con un poco de engrudo lo transformamos en el campeón de la cruzada antinaximalista.

Dib. de Corti.

Recuerdos de la guerra del Pacífico

BATALLAS DE SAN JUAN, CHORRILLOS Y MIRAFLORES

13 y 15 de enero de 1881

Los preliminares de la campaña chilena sobre Lima comenzaron en noviembre de 1880.

El 19 de ese mes, desembarcaron en la bahía de Paracas (la misma donde pisó tierra peruana la expedición libertadora de San Martín) una división de 8.500 hombres; a la que siguieron, tres días después, 3.400. Y en breve se le agregaron, desembarcando en Curayaco, otras divisiones más.

Quedó así integrado un ejército de 26.500 hombres, con 80 cañones y 8 ametralladoras—según testimonio del historiador chileno Barros-Arana, citado por Cárdeno.

La bahía del Callao estaba bloqueada por la escuadra chilena, desde el 8 de abril de 1880; bombardeando en varias ocasiones la ciudad.

En diciembre de ese mismo año, el ejército activo de Lima sumaba 19.000 hombres; de los cuales la mitad eran indígenas traídos de las más apartadas provincias del territorio, y que no entendían otro idioma que el quichua. De donde se deduce que su instrucción militar era la más rudimentaria imaginable.

La oficialidad era, en su mayor parte improvisada, escogida entre las clases profesionales civiles, y, por lo mismo, ajena a toda técnica militar.

La conducta de los limeños en esa oportunidad, estuvo por encima de todo encomio. Todos ellos, desde los catorce años, sin límite de edad, se enrolaron, sin guardar gerarquías que no fuesen las obligadas por la situación, dentro de las filas de la defensa. Hubo generales que pelearon como soldados rasos; miembros de las cortes de justicia, banqueros, facultativos—enrolados par a par con los más modestos artesanos; a todos los cuales no movía sino un solo propósito: salvar la dignidad de la nación, obligando al enemigo a pagar con su propia sangre el ataque previsto a la capital de la república. En total, la reserva de Lima alcanzaba a seis mil voluntarios.

La línea defensiva comprendía dos secciones: una, a menos de tres leguas de Lima, entre Villa y Monterrico Chico, con una extensión superior a doce kilómetros; y otra, a una legua de los suburbios, desde Miraflores a Vázquez, por el valle de Ate. Las fuerzas disponibles para cubrir tan extenso frente, además de bisoños, eran insuficientes y carecían de artillería. Fué un abogado limeño, el doctor José Félix Castro, que había creado un cuerpo de artillería de montaña, quien hizo improvisar los únicos cañones de que ese ejército de reserva dispuso. Estos fueron fundidos por el ingeniero White, en las usinas de Piedra Lisa, utilizándose como parte de la materia prima en su fabricación el cobre de las monedas de uno y dos centavos. El sistema de esa artillería fué Krupp; y sus pruebas dieron inmejorables resultados.

Pero tales cañones fueron ubicados a la izquierda de la segunda línea, fuera de la zona de reductos, que cubría el camino hacia Lima, por la parte de Miraflores, y que careció de artillería; brindándose, así, fácilmente a la embestida de flanco y frente, llevada por el grueso de las fuerzas chilenas.

No anticipemos el relato. Los chilenos comenzaron por posesionarse del valle de Lurin, donde disfrutaban de la única provisión de agua disponible en esas regiones, donde abundan los arenales.

La posición de las tropas peruanas el 12 de enero de 1881 era como sigue: 3000 hombres de ejército activo en el Callao; 6000 de reserva en los reductos de Miraflores y los cerros de Vázquez; 4000, en primera línea, en el ala izquierda, sobre Monterrico Chico; 4500 en los arenales montañosos de San Juan, al centro; y 4500 sobre el ala derecha, desde Villa hasta el Morro Solar. Por último, como retaguardia de esta ala, 3000 hombres ubicados en las afueras de Chorrillos, teniendo por núcleo la Escuela Militar.

En conjunto, dicho ejército era inferior al chileno atacante, en una tercera parte.

Hacia la madrugada del 13 de enero, 8000 chilenos atacaron el ala derecha de los peruanos; mientras 13.000 se lanzaban contra el centro, comandado por el coronel Cáceres. Los 4500 hombres a sus órdenes fueron batidos de frente y flanco, al cabo de hora y media de cruentísimo combate; y, en su retirada forzada, envolvieron a la izquierda peruana, que, aislada a su vez, tuvo que ceder el campo a sus afortunados adversarios.

A consecuencia de ese desastre, los 4500 peruanos

que combatían delante de Chorrillos, sobre el Morro Solar, a las 8 de la mañana del mismo 13 de enero, tenían frente a sus líneas 11.000 chilenos, enardecidos por la fácil victoria de San Juan. Mandaba a éstos el marino Patricio Lynch; y a los peruanos, el coronel Miguel Iglesias, más tarde presidente del Perú, y en tal calidad firmante del tratado de Ancón.

Esa batalla fué terrible. Los peruanos defendieron el terreno palmo a palmo, luchando a la bayoneta con los refuerzos chilenos, sobre el Morro; y sopor-tando a retaguardia el bombardeo de la escuadra enemiga surta en el golfo de Chorrillos. El malecón y las calles de esta ciudad, el cementerio y cada uno de los suntuosos «ranchos» (palacetes) de esa que fué llamada la Versalles del Pacífico, fueron teatros de inenarrables tragedias, en que el empuje y la embriaguez de la carnificina, que enajenaba al ejército chileno, fueron horas y horas contenidos por el denuedo y el pundonor de los soldados y de la oficialidad peruana. 2.700 defensores regaron con sus cadáveres las laderas del Solar y las cuevas del Malecón, en una lucha incesante de nueve horas. 1.880 cayeron prisioneros junto con su jefe.

UN TRANQUILETE



Turquía.—¡Los aliados son Alá y su profeta está en París.

Aquella noche, la soldadesca chilena desenfundada, mientras en las afueras de Chorrillos fusilaba por grupos a los prisioneros, en el interior de la ciudad abandonábase al saqueo y la borrachera, disputándose, en fratricidas y mortíferas refriegas, los tesoros de la opulenta y primorosa ciudad vencida. Bien pronto fué ella presa de las llamas. Sus mil incendios sumaban el mar de fuego en una sola lengua de siniestra luz, que empujándose hasta las nubes, iluminaba con cárdenos reflejos las olas del Pacífico y las antes risueñas campiñas del Barranco, Surco y Miraflores... Al mismo tiempo era saqueado e incendiado el pueblo del Barranco, balneario situado a pocas cuadras de Chorrillos, y que cayó indefenso en manos de los asaltantes. Sus habitantes, en mucha parte extranjeros, imploraron protección de los jefes chilenos; quienes les respondían:

—Nosotros incendiaremos, y el Perú pagará.

Testimonio irrefutable de esa conducta vandálica de los invasores, dió el literato italiano, conde Carlo Carenzi Galesi, residente ahí entonces, y cuyos manuscritos, biblioteca y colecciones desaparecieron en el incendio.

A medio día del 14, el general en jefe chileno, Baquedano, mandó tocar reunión para disponerse al ataque de la segunda línea: la de Miraflores. Los vencedores habían sufrido más de tres mil bajas; pero los peruanos habían perdido 4000 hombres. Quedabanles, según dijimos, los seis mil de la reserva,

distribuidos en 18 batallones. Siete de éstos formaban el ala derecha de la línea, apoyada sobre el borde del barranco que cae al mar, y cubierta por cinco parapetos, impropriadamente llamados reductos, desprovistos de artillería y aislados unos de otros por ochocientos metros de paso.

Después de la batalla de San Juan, un grupo de tropas de línea en retirada (dos batallones) se agregó a la reserva; y a ésta hubo, asimismo, de añadirse la retaguardia peruana de Chorrillos, según antes indicamos: unos 3000 hombres al mando del coronel Suárez.

Los pasos entre reducto y reducto debieron ser defendidos a pecho descubierto, por líneas de tiradores.

El 14 por la mañana, Baquedano, temiendo que su soldadesca, borracha y dispersa, fuese sorprendida por el ejército peruano—caso que habría sido funesto para aquélla—envió un parlamentario al Jefe Supremo del Perú, Nicolás de Pierola, proponiéndole negociaciones de paz, que fueron desechadas.

Mientras tanto, en Lima, el cuerpo diplomático reunió a propuesta del ministro de Italia, acordando gestionar un armisticio; para lo cual, en unión de los jefes de las escuadras extranjeras, trasladáronse sucesivamente al Cuartel General chileno y al peruano.

La tregua se pactó hasta media noche del 15. Durante ella, el cuerpo diplomático siguió en su empeño de procurar las negociaciones de paz.

Pero, hallándose en la residencia del Jefe Supremo, a las dos y quince minutos de la tarde del 15, la artillería y los fusileros chilenos rompieron de improviso los fuegos sobre la línea peruana desprevenida, y contra el pueblo de Miraflores, donde estaba reunido el cuerpo diplomático. El cual tuvo que huir a la desbandada, haciendo a pie el trayecto hasta Lima.

Catorce naves chilenas abrieron simultáneamente fuego contra la derecha de la línea peruana. La cual sostuvo brillantemente la acometida del grueso de las fuerzas chilenas. A pesar de tratarse de tropas improvisadas, y de carecer de general en jefe propiamente dicho, sólo apoyadas por el Batallón Marina, consiguieron—en número de 5.500—rechazar a 17.000 enemigos, bien provistos de artillería.

A las 5 p. m. las tropas chilenas en fuga fueron contenidas y reforzadas. La reserva peruana agotó sus municiones. Y como tenían tres distintos sistemas de armamento, los abastecedores de municiones trocaron las marcas de las balas, dejando a los defensores de los reductos en la más crítica situación. La oscuridad cayó sobre el campo, cuando aún se sostenían los últimos destacamentos limeños en los contornos de Miraflores.

Inseguro, aún, de su victoria, el ejército chileno omitió avanzar sobre Lima esa misma noche. El cuerpo diplomático intervino. El consejo municipal de Lima pactó la capitulación; y la ciudad vió, por fin, penetrar en sus calles desiertas al ejército de la estrella solitaria, el 17 de enero de 1881.

La oda de mi amor

Mi amor fué silencioso, pero firme. Fué mudo. Más mudo que una estatua. Más firme que un escudo. Era un silencio horrible, pesado y doloroso. ¡Jamás hubo un sepulcro más hondo y silencioso que aquel amor! Ya era vergüenza, hipocresía, insomnio en cada noche, dolor de cada día, silencio que mi pobre garganta estrangulaba, serpiente que en mi cuello dormía y se enroscaba, tristeza inconfesada, sombra irredenta, luto del alma, miserable zozobra del minuto, lágrima acerba, gota de hiel, fuente sellada... ¡mi vida toda entera, muerta y amortajada!... Mi labio asesinaba su queja y su gemido. Mi corazón mascaba, mordía su latido...

Y así mi amor entonces, crucificado y yerto, entre las soledades nocturnas de un desierto, era una cosa vana, deshinchada y trunca... ¡era como esos buhos que el sol no han visto nunca! Pero hoy ya nada importa. Sí, que lo sepan todos. La amo y será mía. Yo buscaré los modos. Esta es una profunda realidad luminosa; y aunque lo diga en verso, he de cumplirlo en prosa; en áspero combate, faz a faz, pecho a pecho. Lo que hoy es una frase, mañana será un hecho. Ahora, que esto sea romántico y bravo: campanas a rebato, ¡pregón de desafío! Que lo oigan todos, ¡tontos! La amo y será mía. Mía o de nadie. Es esto lo que afirmar quería.

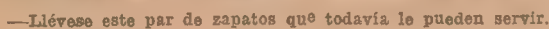
Arturo CAPDEVILA.

Una de las industrias rurales más curiosas es la cría de caracoles que se practica en Europa, sobre todo en Francia. En las regiones del Este, por ejemplo, en que predomina el terreno calcáreo jurásico, se establecen las "caracoleras" prefiriendo terrenos incultos, poco soleados y cubiertos de pasto corto. Un terrenito de unas 10 áreas basta para criar cerca de 10.000 caracoles. El criadero se compone de un conjunto de abrigos o casillas bajas que mida cada uno dos metros por uno. Tienen una altura de 10 centímetros y techo con unos 5 centímetros de declive. Las casillas pueden ser de tablas o de chapas de pino. El conjunto está rodeado por un cerco de tablas bien cepilladas y pintadas con alquitrán, o por una empalizada de varillitas de 1.20 metro de altura, cubiertos de clavos, de espinas o de aserrín de madera; estos cercos sirven para evitar que se escapen los caracoles. Un "parque" de 100 metros cuadrados, sirve para diez mil caracoles adultos, puede producir medio millón de individuos nuevos y cuesta cerca de 1.500 francos. Esta suma representa sólo los gastos de instalación; a éstos se agrega los del costo del alimento—el caracol es muy voraz—y a veces los que representan las pérdidas por el calor y las enfermedades.

Los caracoles deben ser alimentados con toda abundancia. Sus alimentos preferidos son: zanahoria, lechuga, achicoria, tallos tiernos de habas y arvejas, perejil, puerro, rábano, espinaca, acedera, acelga, verdolaga, nabo, frutas, afrecho mojado, restos de papas y coles. Suele dárseles también plantas aromáticas que dan mejor sabor a la carne: tomillo, romero, menta y laurel. El apetito de esos gastropodos es asombroso: en una sola noche, sobre todo en tiempo lluvioso, 100.000 caracoles pueden consumir una carrada entera de repollos.

Los caracoles penetran en la tierra al llegar los fríos fuertes; entonces se recogen para venderlos. Mediante una pequeña herramienta constituida por una garra de dos ganchos, el recogedor remueve la tierra y retira los animalitos que son dispuestos en cajones que van directamente al mercado o en otras cajas de conservación para el invierno en las cuales se los cubre por capas alternadas con otras capas de tierra seca. Los caracoles permanecen inmóviles y como dormidos durante todo el invierno.

Para terminar agregaremos que antes de ser consumidos los curacoles deben ser sometidos a un ayuno de seis días por lo menos y luego bañados en vinagre o en agua salada—según la forma de prepararlos. Esta preparación tiene por objeto procurar que el curacol expela la llamada "baba" constituida por jugos tóxicos que pueden provocar graves accidentes de intoxicación a las personas que los consumen sin haberlos "puigado".



por CARLOS CORREA LUNA

PRECIO 2 \$ en todas las librerías

De su interés dan cuenta los capítulos que contienen: Preparativos de la aclamación de Carlos III en Buenos Aires.—Las fiestas.—Ceballos y Bucarelli.—El gobierno de Vértiz, Arandía en Potosí.—Los Escaladas.—La ilusión de la libertad comercial.—La noticia en el alto Perú.—El nombramiento.—Los corregidores y el repartimiento.—El crimen de García Prado.—Los embrollos de la Audiencia de Charcas. Don Baltasar en tierra de Chichas.—El señor corregidor, La increíble audacia de don Salvador Patzi y Perearnau.—Una terrible jornada.—Un almacén alto peruano en 1778.—La fuga de don Vicente de la Cueva y Saldaña. El siniestro humorismo de Patzi y Perearnau.—Un corregidor como no se había visto nunca. El modelo gubernativo de don Baltasar.—Los sucesos de Tarija.—La vuelta de García Prado.—La “venganza” de don Baltasar.—La última sorpresa.—Nota final.

Pisándole la cola al perro herido.

(De "San Francisco Chronicle").

No tienen ya las revoluciones el carácter de guerra que tuvieron en otro tiempo. Con el progreso, que es actividad y economía de tiempo, las revoluciones modernas son rapidísimas, duran poco. Dinastías que han reinado durante cientos de años han desaparecido en días, en horas.

La revolución francesa, el mayor levantamiento de este género, empezó el 14 de julio de 1789 y terminó con la ejecución de Robespierre, el 28 de julio de 1794. En los cinco años de revolución, entre los cientos de cabezas que rodaron en el patíbulo se contaron las de los reyes de Francia, Luis y María Antonia.

La primera revolución francesa llenó de sangre toda Francia; la última, que estalló en 1870, después del desastre de Sedán, fué apenas sangrienta.

Sencillosísima fué también la revolución que en noviembre de 1889 transformó el imperio del Brasil en República Brasileña. El anciano emperador D. Pedro fué arrestado y embarcado para Europa con el resto de su familia. A pesar de tanta sencillez, este destronamiento fué emocionante en extremo por lo digno y lo trágico. La emperatriz, que estaba muy delicada, murió en la travesía.

La revolución de Serbia, en junio de 1903, si bien fué rápida, fué cruel, inhumana y bárbara. Los desalmados revolucionarios, soldados y oficiales, entraron en la akoba del rey Alejandro, lo mataron y arrojaron su cuerpo al patio de palacio. La infeliz Draga, su esposa, fué igualmente sacrificada; su cadáver, mutilado e innoblemente tratado por una horda de salvajes.

La revolución que hace ocho años estalló en Portugal, no duró sino treinta y una horas. El ejército primero, la armada después, bombardearon el palacio real; se peleó ligeramente en las calles durante un día y una noche. El rey D. Manuel huyó y el reino de Portugal fué convertido en república. La dinastía de los Braganza que había reinado en Portugal durante doscientos sesenta años le terminó en día y noche.

El 12 de febrero de 1942, la dinastía Manchú, que había reinado en China durante doscientos sesenta y siete años, terminó con la abdicación forzosa del niño emperador Pao en Tuang, a la que siguió la proclamación de la república china.

La revolución de Rusia se hizo en cuarenta y ocho horas. La dinastía de los Romanoff, cuya jefe ascendió Nicolás, y que había gobernado el gran imperio durante más de trescientos años, terminó en el corto espacio de dos días.

PENSAMIENTOS

El matrimonio

El matrimonio es la tumba del amor.—Victor Hugo.

El matrimonio a los 20 años es un peligro; a los 30 una esperanza; a los 40 una necesidad.—M. Moly de Baños.

El sacramento del matrimonio, no borra, como el del bautismo, las manchas originales.—Mad. Stäel.

El mérito de las mujeres no brilla sino después que ha pasado la luna de miel: es preciso casarse con ellas para saber lo que valen.—Richter.

El marido tiene el derecho de azotar a su esposa.—San Agustín.

El matrimonio tiene penas, pero el celibato no tiene placeres.—Johnson.

Un célibe es un ser al cual le falta algo: se parece a una de las hojas de las tijeras, que espera la otra, y sin la que para nada sirve.—Franklin.

De cada treinta maridos,
Verás catorce aburridos,
Dos dementes, ocho hastiados,
Los otros seis divorciados,
Y los treinta arrepentidos.

Luis Taboada.

El matrimonio es, en mi opinión, el espejo ustorio en cuyo foco se reúnen los rayos de todos los sentimientos tiernos, para producir en su reverberación la felicidad.—Concepción Jimeno.

No es posible casarse a un tiempo con la filosofía y con la mujer.—Cicerón.

El matrimonio es una cadena tan pesada que con frecuencia hacen falta tres para poderla arrastrar.—Alejandro Dumas (hijo).

Hay buenos matrimonios; pero no los hay deliciosos.—Duque de la Rochefoucauld.

El matrimonio es de todas las cosas serias, la más divertida.—Baumarchais.

Al hombre soltero le gustan todas las mujeres; al casado, todas, menos la suya.—X.

¡El matrimonio! lo creo el mejor, el más legítimo y hasta el más cómodo de los estados; lo creo bueno bajo el punto de vista religioso y social y hasta bajo el punto de vista (Dios me perdone) del egoísmo.—Castro y Serrano.

Quien se casa se propone hacer penitencia.—Proverbio.

Si delito é l'amor, chi non é reo.—Casti.

El amor nace de una impresión, pero el matrimonio, debe nacer del amor.—Severo Catalina.

El matrimonio no hubiese nunca debido dejar de ser un acto puro y exclusivamente religioso.—Emile de Girardin.

El hombre sin mujer y sin hijos, estudiaría mil años en los libros y en el mundo el misterio de la familia sin llegar jamás a comprenderlo.—Michelet.

El matrimonio procede del amor, como el vinagre del vino.—Bignon.

Para conjurar la borrasca de las pasiones, el casarse con una buena mujer es un puerto en la tempestad; pero un matrimonio desafortunado es una tempestad en el puerto.—Retit-Senn.

La mujer

Dios hizo a la mujer, y descansó.—Mahoma.

La locura de un hombre vale más que la cordura de la mujer.—Salomón.

La mujer es el defecto más bello de la naturaleza.—Milton.

No hay candados, guardas, ni cerraduras que mejor guarden una doncella, que las del recato propio.—Cervantes.

La mujer es un ser de cabello largo y entendimiento corto.—Schopenhauer.

La mujer es un manjar digno de los dioses, cuando no lo guisa el diablo.—Shakespeare.

La mujer odia a la serpiente por rivalidades de oficio.—Victor Hugo.

Si la nariz de Cleopatra hubiera sido un centímetro más larga, la historia del mundo sería muy distinta.—Sainte-Beuve.

Todos los razonamientos del hombre no valen un solo sentimiento de la mujer.—Voltaire.

La mujer desde que es mujer, es una enferma.—Michelet.

Criado el universo y eriado el hombre, estaba el edificio concluido, faltábale sólo la veleta, y Dios hizo a la mujer.—X. X.

El amor es un niño grande: la mujer es su juguete.—X. X.

La mujer es, para el hombre, lápida o pedestal.—E. Wilde.

No hay cosa más incierta que el número de años de las señoras de cierta edad.—Byron.

¡Virtud de mujer no vales la vigilancia que exiges!—Goldsmith.

La castidad de las viudas es la más difícil y meritoria.—San Jerónimo.

La mujer llena el vacío de la conversación a manera de esos haces de paja que se colocan en las cajas que contienen porcelana, de los que nadie hace caso, y sin los cuales se rompería al ser transportada.—Schiller.

La mujer que se dedica a escribir aumenta el número de los libros y disminuye el de las mujeres.—Alfonso Karr.

Bien mirado, entre todos los animales, el gato, la mosca y la mujer, son los que pierden más tiempo en componerse.—Nodier.

Los juramentos de las mujeres quedan grabados en el aliento del aire y en la superficie de las ondas.—Cátulo.

El jesuita más jesuita de todos los jesuitas es mil veces menos jesuita que la mujer menos jesuita de todas las mujeres.—La Bruyère.

Las mujeres manejan a los hombres como los buenos jugadores de ajedrez a sus peones: no tocan a uno sin tener la vista fija en otro que pueda dar mejor resultado.—Pope.

La mujer virtuosa tiene una fibra más, o una fibra menos que las demás mujeres: es estúpida o sublime.—Balzac.

El mejor coche de su precio



Para inmediata entrega:

Modelo 90, Cinco asientos

\$ 4000^{m/n.}



Cuatro Cilindros

Arranque y Alumbrado Eléctrico

:: Magneto de Alta Tensión ::

Modelo 85B, Siete asientos

\$ 4750^{m/n.}

P. A. HARDCASTLE

Plaza Mayo-Pasaje Overland-Bs. Aires

Dstrucción de las hormigas

Son innumerables los medios conocidos para combatir las hormigas. Vamos a indicar los principales y, sobre todo, los más sencillos, de tal modo que cueste poco emplear simultáneamente varios de ellos o sustituir unos por otros si el elegido primero no diera el resultado deseado.

1. Se riega los lugares infestados con agua en la que ha hervido una buena cantidad de hojas de nogal o un puñado de tabaco, o, simplemente con agua mezclada con querosene—la quinta parte de querosene, por ejemplo, o menor cantidad si se desea inundar los hormigueros.

2. Se desparrama hojas de plantas de tomates alrededor de los hormigueros.

3. Aserrín mojado con agua común o agua en que se ha lavado pescado aleja las hormigas.

4. Unas gotas de ácido fénico o de esencia de menta, o algunos pedacitos de alcanfor difunden un olor que ahuyenta a los insectos. Con los líquidos se empapará pedazos de trapo o de papel y el alcanfor será envuelto en un papel mojado.

5. Colocar trozos de limón en sitio húmedo y obscuro; se cubrirán de moho, el cual da un olor de éter. Esos trozos de limón alejarán inmediatamente a las hormigas de los sitios en que sean colocados, por ejemplo, de un aparador.

6. Espolvorear los hormigueros con sal marina y derramar sal en los senderos que siguen las hormigas. Con el mismo objeto se emplea bórax y azúcar bien pulverizados y mezclados.

7. Derramar en los hormigueros una solución acuosa de hiposulfito de soda a razón de 20 a 30 gramos por litro. Se puede emplear los baños de hiposulfito ya utilizados en el laboratorio fotográfico. Esta solución no perjudica a las plantas, pero puede deteriorar la pintura de paredes o muebles.

8. Frotar con tiza la base de los troncos de árboles y las patas de los muebles visitados por las hormigas. Se formará así un anillo blanco que las hormigas no se atreven a cruzar.

9. Un reguero de pedacitos de carbón de leña alrededor de un árbol, aleja las hormigas.

10. Mechones de algodón o de estopa embebidos en brea, impiden el paso de las hormigas.

11. Para proteger un árbol contra la invasión de los insectos que suben por el tronco, se rodea a éste con un anillo de lana en rama, de paja, o de estopa empapado con agua de tabaco o agua de álces o una sustancia viscosa cualquiera.

DOCTOR POETA



—¿También hace usted versos, doctor?
—Psch... por matar el tiempo.
—¿Pero es que no tiene usted ya clientes?

INGENUIDAD



—¿Quién te ha dado este dinero?
—Me lo he encontrado.
—¿Dónde?
—En tu cómoda.

12. Se echa en el hormiguero y luego se tapa con barro un poco de sulfuro de carbono. Téngase cuidado al manipular esta substancia, que es muy inflamable.

13. Se mezcla bien, sacudiendo una botella que la contenga, estas substancias: 100 gramos de sulfuro de carbono, 1 clara de huevo, 1 litro de agua. Se vierte el líquido en el orificio de un hormiguero. Si no mueren todas las hormigas, se repite la operación al cabo de una semana. El resultado es seguro.

14. Desparramar ajo picado en los sitios frecuentados por las hormigas.

15. Verter agua de jabón con un poco de petróleo en los hormigueros.

La lombriz solitaria

Es un ser despreciable: un degenerado. "La lombriz solitaria, dice De Varigny, pertenece al grupo de los céstodos, gusanos que en su mayor parte llevan una vida libre, independiente y activa, si se me permite decir así, y que se ganan la existencia con el sudor de su frente... En esa familia, algunos degeneran, se refugian en el parasitismo más vil para evitar el peso de las preocupaciones cotidianas y adoptan por domicilio permanente el intestino del hombre y de los animales. Pero también ¿a qué precio pagan esa tranquilidad de espíritu? pierden sus apéndices, renuncian a los cambios de lugar voluntarios; pierden el tubo digestivo y ya no les queda el placer de la gula, pues se alimentan por la piel; su sistema nervioso se atrofia y casi desaparece por completo, de tal manera que es dudoso que tengan conciencia de su felicidad".

El agua de los pozos artesianos

El agua de la mayoría de los pozos artesianos en actividad procede de las capas de tierra arenisca y de las rocas porosas a través de las cuales pasa el líquido muy lentamente entre otras capas de roca o arcilla impermeables y sale a la superficie si ésta se halla en un plano más bajo que el punto de donde procede el agua.

"Vida del almirante don Cristóbal Colón"

por FERNANDO COLÓN, su hijo

EXCELENTE EDICIÓN DE UNA IMPORTANTE OBRA HISTÓRICA
En un tomo de 300 páginas, impreso en papel fino

Precio: \$ 2.50 M/N

En venta en las librerías de la Capital Federal
Los pedidos del Interior, acompañados de su importe deben ser dirigidos a

EDICIONES LEMARC

Montevideo 1088

Buenos Aires

Antes se suponía que el agua de los pozos artesianos venía de corrientes o grandes depósitos subterráneos, pero se ha demostrado que esta teoría no tiene fundamento.

Para demostrar lo lentamente que corre el agua bajo tierra siguiendo el desnivel de las capas de roca o arcilla impermeables, basta decir que en Virginia, a lo largo del río Potomac hay muchos pozos artesianos cuyas aguas actuales, según algunos geólogos, cayeron en forma de lluvia a 240 kilómetros de distancia de los pozos cuando Washington era presidente de los Estados Unidos y se han desplazado bajo tierra a razón de dos o tres kilómetros por año.

Una ilusión óptica

En Lisboa hay una plaza pública muy curiosa. Todo el que la atraviesa sufre una ilusión óptica, porque fijando la vista en el pavimento parece que se anda por un plano ondulado, cuando en realidad es perfectamente llano el piso.

El fenómeno se debe al dibujo del piso, y la ilusión es tal que el transeúnte al andar alza instintivamente los pies mucho más de lo necesario.

Plátanos constipados

Nuestros lectores habrán visto y habrán comido muchas veces plátanos con manchas o franjas oscuras en la corteza, creyendo que estas señales eran sencillamente indicio de madurez excesiva, pero en realidad, el plátano que tiene esas manchas es que está fuertemente constipado.

Los plátanos se transportan en grandes racimos cuando el fruto está todavía verde y duro, porque si se cortase maduro se pudriría en el transporte hasta los puntos de consumo. Al llegar a éstos se cuelgan los racimos en un almacén caldeado para que concluyan de madurar y para que el proceso de la madurez se realice con perfección es preciso que la temperatura se conserve uniforme. Un brusco cambio de temperatura o una corriente de aire frío bastan para que el fruto se llene de manchas y se eche a perder rápidamente.

Cuando esto ocurre hay que vender en seguida el fruto a bajo precio, para no tener que tirarlo y perderlo todo.

AVISOS ESPECIALES

MEDICOS

Doctor ZAMBRINI

Profesor suplente de la facultad de medicina

Jefe de clínica del servicio de nariz, garganta y oídos del Hospital San Roque

531-TUCUMAN-531

2 a 4 p. m.

Dr. Apolo M. Ratto

SEÑORAS Y PARTOS

Cabildo, 2961

Unión Telefónica, Balgrano 1169

CONSULTAS DE 1 A 3 P. M.

Fracturas - Luxaciones
Reumatismo

Kinesiterapia y masaje médico

Rodolfo Cocini

Gral. URQUIZA, 341

U. T. 2231, Mitre

DENTISTAS

J. BONANSEA



Cirujano dentista de las Facultades de Bolonia y Buenos Aires. Moreno 990.— U. T. 3699 (Libertad).

FRAY MOCHO

SE PUBLICA
LOS MARTES

Oficina: P. COLÓN, 1266
BUENOS AIRES

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Capital	En el exterior	En el Interior
Trimestre . . \$ 2.50	Trimestre \$ oro 2.00	Trimestre . . \$ 3.00
Semestre . . . 5.00		Semestre . . . 6.00
Año 9.00	Semestre . . . \$ 4.00	Año 11.00
N.º suelto . . 20 cts.		N.º suelto . . 25 cts.
N.º atrasado . 40 "	Año 8.00	N.º atrasado . 50 "

Dirección y Administración: P. COLÓN, 1266.—U. T. 184, Avenida

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los reportajes, fotografías, correos, cobros, viajes y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista.

Los latines de un bachiller



Mucho, pero mucho agradezco el honor que se han servido dispensarme invitándome a conversales desde esta tribuna, ilustrada por eruditos y por literatos; pero muchísimo más les hubiera sido grato si no se hubieran acordado de mí, pues además de que las comparaciones son odiosas, sobre todo en mi caso, cuando yo soy el que queda chiquito, a mi entender no me convendría este auditorio, el que, estando al corriente del movimiento intelectual, debe saber muy bien que mis discursos, conferencias o conversaciones tienen fama de originales e incorrectas: por lo tanto un estilo incorrecto en literatura ante un auditorio de bachilleres pareceme cosa más incorrecta aún, porque el mal ejemplo cunde fácilmente: la otra parte de la crítica benévola que dice que soy original no me permite a su vez proponerles a ustedes una conferencia que tanto pueda leerse en Buenos Aires, Montevideo o Córdoba como aquí: rehuyo como nota de buen gusto de mi parte y me niego absolutamente a temas generales. ¿Qué les parecería si hubiese anunciado mi conferencia con uno de estos títulos: "Los derechos del ciudadano", "La mutualidad en la sociedad moderna", "El impuesto único", "La instrucción secundaria en la república" y otras cosas alegres por el estilo? Se hubiesen aburrido ustedes en grande, pues esos son temas para tratar en ayunas y por la mañana y no antes de irse a acostar; temas que llevan además el aditamento de la hipocresía convencional de estos casos, refiriendo por ejemplo en la crónica de vuestro boletín esas generalidades que no dicen nada. "El conferenciante abundó en conceptuosas ideas, fué religiosamente escuchado en el desarrollo de su tesis elevada y al finalizar fué calurosamente aplaudido por todo el conjunto expresado con frase válida y galana". Soben ustedes que este cliché periodístico es usado desvergonzadamente por los repórteres cuando no han concurrido a una conferencia o cuando adornados por la voz cascante y por el tema poco entretenido, no han oído ni jota y, sin embargo, hay que informar de alguna manera al público sobre el resultado de la conferencia.

Y ahora vamos a la que ustedes están oyendo y yo diciendo, permitiéndome que les manifieste el penoso proceso psíquico por el que he pasado para decirles a ustedes alguna cosa en el estilo menos incorrecto que me sea posible y al mismo tiempo mantener mi crédito de originalidad y por la que me supongo que han insistido ustedes en su invitación.

Ustedes saben que comparto mi vivienda con todas las fibras del paraíso terrenal y estas son gente honesta y rutinaria que se acuesta temprano, duerme tranquila, no piensa en cinematógrafos, ni en conferencias, ni bailes criollos, y por eso me dan unas tres horas de deliciosas vigilia, desde las 9 a las 12 de la noche, horas paradisíacas en las que, entre la humareda de cigarrillos 43 forjo visiones y entre las hojas de viejos libros rescuto la vida de tanta gente que pasó, y, sin ir al cine, desfilan ante mis ojos el biógrafo más encantador de la naturaleza y de la historia. Es en esa hora que he pensado en ustedes: ¡qué voy a decirles a esos muchachos!... leo vuestros estatutos, no me inspiran; me leo atentamente varios números del boletín y me encuentro con esta frase: "Todos aquellos que sientan la nostalgia de la casa de estudios, que en la mañana de sol de la adolescencia les nutra corazón y cerebro, y quieran acercarse a su lumbré, en cuyo torno flota un halo cálido y sereno de enjambre, de hogar y de vida colectiva, laborando el bienestar común, trasunto del "Alma Mater", forjado por la tradición a través de los años". Y esas frases me daron muy triste: ¡qué me va a decir, ni qué nostalgias puedo yo tener de esa casa de estudio si yo soy un fósil de la prehistoria del bachillerato de La Plata! Y en ese caso, como un cartel luminoso aparece a mi vista el título del boletín "Alma Mater". Al fin—me dije—puedo ir a La Plata a conversar con estos ilustrados jóvenes: seguramente son humanistas, son clásicos porque saben latín; la indecisión ha desaparecido; iré a La Plata cualquier día y al pasar el arroyo del Gato diré como Julio César al pasar el arroyo Rubicón: "Alea jacta est"; y si estuvieran trascorridos, y no supieran por lo tanto lo que esto quiera decir, alguien se lo explicará en la primera confitería con el cubilete y los dados, o con el café y cruz del niquelito o aún sea con la taba. Sí, sí, son clásicos estos muchachos, son humanistas; no ves—me decía a mí mismo—que a pesar de no tener seguramente el máspreciado don con las vestales, con el piezo dedo de sus empujadores emisarios, me han hecho el gesto asesino del "pollice verso", tanto que tengo que ejecutarme solo! E iré a conversarles de literatura clásica del siglo de Augusto; iré a recitarles con toda intención los versos más elegantes y más picarescos de ese gran farriista que fué Ovidio, de ese bohemio que se llamó Catulo y reiremos juntos de la gruesa sal de Trimalción de Petronio. Pero ahí, ahí—recuerdo ahora que se me dijo que a mi conversación asistirían muchas niñas y señoras, y aún pensando siempre en los latines—cambié entonces de rumbo y empecé a escribir apresuradamente olvidando por un momento a ustedes bachilleres, para dedicar mi mente, aún reposada y fresca, a ella, a la que realza con su presencia esta reunión, el ser que hace más llevadera la vida, el ser que por doquiera derrama raudales de sentimiento y rayos de poesía: la mujer. Arrojad ante ella las flores a manos llenas: "manibus date lilia plenis", como decía Virgilio y como encabeza una de sus poesías el poeta Guido.

Esto es cuanto puedo decir clásicamente a la mujer como hombre obsequioso pero maduro; que si estuviese en la poética edad de un bachiller clásico, sin indicar a ninguna, pero seguro de que mi vista de línea pisaría desde aquí las más exquisitas representantes de los dos tipos de belleza, por las que ustedes bachilleres, tanto suspiran,

diría con Horacio, dirigiéndome a las rubias: "Flava, animae dimidium meae"; oh, rubia, mitad de mi alma; y diría tan solo el principio del cálido cantar de los Cantares: "Nigra est ser formosa", es una linda morecha.

¿Se dan cuenta a la edad de ustedes qué importancia tiene para un bachiller dirigir a las bellas un pipero en latín? Yo esto no puedo ya decirlo: el único deber mío, como hombre ya de experiencia, es, una vez hechas las reverencias de estilo, pues "maxima debetur mulieri reverentia", el inculcar a la joven mujer de hoy que, si es la ejemplar madre argentina de los tiempos heroicos, que siga siendo el "alma pater", la selecta madre del hogar, que olvide las frivolidades tan idiotas de la vida social de hoy y pueda merecer el gran testimonio de alabanza que ambicionaba toda matrona de Roma: "Domo mansit, lanam fecit"; quedarse en casa, hilar la lana; que era para la Roma clásica el símbolo más augusto de una buena madre de familia. Pero la conversacion así, toma un rumbo algo de sermón y ya me parece que los bachilleres empiezan a rumeur en su mente: "Quousque tandem abutere patientia nostra!"—¿hasta cuándo abusarás de nuestra paciencia? Realmente tomado así "ex abrupto" podría fastidiarme y para indisponer a ustedes con las niñas que han invitado, podría buscar en mi memoria aquellos dichos de autores latinos que, desencantados, no congeniaban con la mujer, pero no he de hacerlo porque estoy convencido con Oicerón que "rusticus est qui turpia dicit de muliere": es de hombre grosero hablar mal de la mujer.

Y hagamos punto: "de hoc satis". Voy más bien a explicarles el por qué he tomado arranque del bello y significativo título de la revista de la asociación para hacer caer sobre vuestra cabeza, como granizo de tormenta, unas cuantas frases latinas frecuentes en el hablar común de la gente un tanto cultivada. Es tan sólo un deseo quizás irrealizable, porque el programa de estudios pasó para ustedes; es una melancólica ironía de mi alma latina que siente con dolor que algo más que la edad me separa de la juventud ilustrada de ahora, y me separa con un dejo de superioridad a mi favor que yo no quisiera tener para mí solo, pues si la madurez de mi inteligencia, aunque modesta, me hace comprender bien en todas las bellezas del clasicismo antiguo, en la exuberancia de entusiasmo por el mismo y en el intenso cariño para la juventud estudiosa, quisiera compartir con ella los goces inefables del espíritu que una educación demasiado utilitaria ha hecho desaparecer de la cultura moderna. Yo sé que vuestra inteligencia ágil, despejada y alerta concibe y puede concebir los vuelos más difíciles del pensamiento humano; pero cultivada ésta en un sentido determinado, tenida completamente aislada de esas disciplinas humanísticas, tiene una sordera ingénita para esas armonías que ustedes perciben quizás tan solo como ruidos: no se dan cuenta, les parece una paradoja anacrónica, una vida o ilusión de alucinado encontrar superioridad en esas cosas de lenguas que ya murieron y que, si fueron instrumentos de inteligencias elevadas, no podían llegar más que a un punto determinado y bien reducido en proporción de nuestros medios, pues no tenían imprenta, no había vapor, no había electricidad, no había radium. Sobre estos "no había" tengo mis dudas; pero niego a ustedes que el desconocimiento de esas fuerzas, descubiertas en los últimos tiempos modernos haya inhibido de elevarse a las esferas más altas del pensamiento: sin Aristóteles, sin Platón, sin Sócrates, sin Cristo, sin Epicuro, sin Séneca sin Marco Aurelio, maestros fundamentales del pensamiento humano, Descartes, Spinoza, Kant, Spencer y compañía, hasta el de moda Monsieur Bergson, probablemente no hubiesen sido nada, nada más que unos obreros desocupados del pensamiento, porque les hubiese faltado el trabajo, si no la materia prima de la filosofía fundamental, expresada por aquellos que encontraban en el griego y en el latín las estumadoras más sutiles para volar soberbios en los espacios de la idea, más grande que los espacios del cosmos, el que según algunos es inconcebible para la mente humana. Hasta la filosofía materialista—materialismo que es al fin un rasgo genial del espíritu—que ustedes creen originado en las doctrinas filosóficas de Lamarck y de Darwin, está toda reunida en la síntesis más poética y más sonora de los versos de Lucrecio el filósofo Epicureo: "De rerum natura", de la naturaleza de las cosas, que es el poema de espiritualismo más delicado que haya concebido mente de materialista.

Es por eso que yo—aunque un microorganismo de la raza humana—con la disciplina del naturalista que me hace sentir profunda y en todo sentido la necesidad de la conservación de la especie y dando toda la importancia real a la ley de la herencia, me siento profundamente desconsolado ante la violenta y voluntaria desaparición de esa ley hereditaria que naturalmente en ustedes, raza latina, a pesar de todas las evoluciones, debía prolongar los caracteres psíquicos de la especie, y que, en el orden psicológico se alimenta y se desarrolla naturalmente en las viejas fuentes en el ambiente que hemos dejado de mano con fútiles motivos utilitarios, arrancando de las disciplinas educativas ese recuerdo y esa enseñanza que debería ser un culto para todo hombre instruido de raza latina.

Devaneos inútiles los míos ante la realidad de los hechos, que me dejan triste por no poder compartir con ustedes esos goces inefables, al sabor de juntos las concisas y supremas bellezas del lenguaje humano, jamás superadas. Yo sé que ustedes no sienten ni entienden esta compasividad intelectual mía hacia ustedes, porque les han forjado la mente de otra manera: pero yo entiendo y concibo en ustedes esta inconsciente e impávida ignorancia ("ignoti nulla volutas") toda condensada en la pequeña y sabrosa introducción de un libro

de construcción de puentes escrito por un ingeniero americano, alta autoridad en la materia, y al que—cosa inusitada para un matemático y físico moderno—puso el título en latín: "De Pontibus". El autor, mentalidad completamente adecuada a su ambiente y a su raza decía al principio lo siguiente: "Cuando joven, en el colegio me hicieron estudiar latín; nunca me ha servido para nada ese estudio; hoy, hombre maduro y autor que probablemente no volveré ya a editar ninguna obra, pongo a mi libro el título en latín para que, siquiera una vez en la vida, pueda emplear el conocimiento de esa lengua, cuya inutilidad ha sido completa para mí y todos mis condiscípulos". Esas palabras explicativas fueron repetidas y transcritas con aplauso por todos los magazines y diarios norteamericanos; fué frusé de fortuna porque condensaba bien la opinión general que a la cultura angloamericana le merece el griego y el latín. No les diré a ustedes con Horacio "habent sua fata libelli"; pero no puedo eximirme de repetir con Plinio la altiva contestación de Apelles a un vulgar crítico de su cuadro: "ne sutor ultra crepidam" tan propiamente traducido al español: "Zapatero a tus zapatos"; la fiebre del negocio, la sed descomulgada del oro, los progresos gigantescamente groseros, el ideal fijo del trust, causa lejana e inmediata de degeneración de las razas en el mundo, todo ese torbellino vorticoso que al mismo tiempo, exaltan y mortifican la vitalidad de una raza, no dejan tiempo para elevarse de la materia, e inhiben absolutamente a la mentalidad para que tome esos descansos apacibles y elevados que se sienten invadir al espíritu al hojear un viejo libro, al leer un verso de Virgilio penetrante, armonioso y dulce como una música extraterrena. "Ne sutor ultra crepidam", zapatero a tus zapatos, mientras los engranajes chirrían, las sirenas silaban y amortiguaban con su confusión ensordecedora el último chillido agónico de millones de cerdos, molidos con dedos humanos allá en Chicago, el gran valle de Josafat de la raza porcina.

No me hagan cargos que serían injustos, pues no reniego absolutamente y no dejo de admirar las ventajas de la modalidad progresista que quisiera ver repetida aquí intensamente, pero que sería seguramente menos brutal y más poética, pues somos latinos y como tales sentimos la verdad figurada del dicho del Evangelio: "non lo solo pane vivit homo, sed in omni verbo", lo que aproximadamente quiere decir: el hombre no existe exclusivamente para las cosas materiales, vive también para las cosas del espíritu. Y estas se acomodan divinamente a las actividades del campo, a las que—lo digo sinceramente—quisiera ver a ustedes consagrados. Aun cuando ustedes no conozcan la obra, seguramente han oído el nombre del poema pastoral de Virgilio, cuyo título en todas las lenguas modernas condensa con una sola palabra el conjunto de la vida apacible, feliz, juvenil y sublime en su sencillez, la vida bucólica del trabajo alegre y remunerativo, del descanso merecido, de la alimentación sana y exquisita, del idilio puro y delicado; la vida en fin que se desenvuelve suavísima y sin preocupaciones a la sombra de los árboles cargados de fruta, mientras el céfiro arrastra las fragancias de flores abiertas, lleva en sus alas los polenes fecundantes y transporta los ecos alegres del baido infantil de los corderos y el chistido suavísimo de las mieses, doradas ya, al inclinarse al peso de la brisa embalsamada y fresca. Es allí, en el campo, dice la Eglóga de Virgilio, que reina el único ocio honesto y por el que el depresivo significado de la palabra es en ese caso sinónimo de descanso merecido. Es en esas Eglógas inmortalizadas cuando los sencillos y bellos pastores tendidos sobre pieles en el suelo dicen agradecidos y de lo profundo del alma: "Deus nobis haec otia fecit". Dios nos dió estos bellos ocios. Y es la frase, muchachos, que yo, cuando hastiado de las dificultades de la vida, agradezco pronuncio con toda el alma al entrar a la casa de mi pequeño paraíso terrenal, tranquila, callada, rodeada de todas las bellas cosas de la naturaleza, el agua, los árboles, las flores, los animales. Al penetrar en ella con un gran suspiro de alivio y con un sentimiento profundo de gratitud hacia el país, repito convencido el bello verso de Virgilio: "Deus mihi haec otia fecit".

Pero ustedes, bachilleres modernos, no se van a convencer con los latines de un bachiller antiguo; les debe parecer que es perfectamente igual decir y repetir esos mismos pensamientos en lengua nostra. Volvamos por lo tanto a vuestra frasecita única, "Alma Mater", que es vuestro lujo, dejando que como buey ya viejo vuelva a la querencia de mis amores, endilgándoles algunos pequeños latines de maduro bachiller, sólo cuando caiga la ocasión.

Dice la bella, honesta y cariñosa frase del boletín: "... todos aquellos que sientan la nostalgia de la casa de estudios que en la adolescencia les nutrió el corazón y el cerebro". Lo comprendo, son jóvenes, y allí han mamado ustedes la leche de la sabiduría, han leído en su libro: esas paredes son para ustedes como el templo de Troya que conservaba el símbolo augusto, el Palladium de vuestros amores y de vuestros respetos. Al infierno con mis recuerdos homéricos! éstos solamente podría hacérselos saborear Lugones; porque es maestro y que por ser maestro comprendió que debía estudiar el latín y el griego para beber en las fuentes puras que se convierten en desabridas y turbias a través de traducciones ajenas. Lugones, artista eximio y profundamente pagano sintió aquí, en este bosque que sombrea vuestro colegio, las bellezas divinas de la antigua escuela de Platón, dando a los universitarios clases al aire libre como un peripatético de



COLABORACIÓN ESPONTÁNEA

Emoción nocturna

Llámesela como se quiera, es una voz que habla donde no hay nadie que hable; es un mensajero que viene, mensajero sin forma ni substancia, o bien es la flor del alma que se ha abierto.

("Luz en el sendero").
I, 21.

No sé qué desconocida, desmesurada presencia, me da, en la noche, la ciencia y la clave de mi vida:

la tercera seguridad de existir siempre; de ser, en el Tiempo, un Lucifer con centro en la Eternidad.

No encuentro verbo que acierte a definir tal virtud, tal promesa de salud para después de la muerte.

Apenas si un pajarito celeste, en mi corazón irrumpe en una canción de gracias y de infinito

deseo... Hilo musical que atraviesa mi tristeza gorgiendo con la pureza de un gorjeo de cristal.

Inesperado consuelo baja, sedeno, a mi frente; y a veces una clemente, grave voz, allá en el cielo

parece hablarme... Serena en el ámbito estelar, no se oye en la voz vibrar ni regocijo ni pena.

El extraño sentimiento que me embarga, la confunde con el rumor que difunde en los árboles el viento,

Flor de emoción, yo levanto hacia aquella voz mi alma y, en la religiosa calma de la noche, oigo un santo

rosario de palabras:—Sé resignado, dulce y piadoso. El dolor no te asuste. Para ir a lo mejor, de sangre es el camino... ¡Alabado

tu cristiano leño sea! La esperanza es siempre una ignota estrella. Venme a la muerte y descuelga en plena luz quien la alcanza!...

La voz me sigue exhortando largo rato, todavía... Y un día místico, un día inefable va colmando

todo mi ser. Y me veo envuelto en la caridad, la justicia y la verdad de esas palabras. Deseo

irme lejos!... Irme donde me halle puro y no me tiente esta carne: el pestilente apetito bestial que en mí se esconde!

Una inmensa sed de luz me afiebra. Tiendo al camino de sangre, y el Divino Maestro nimbá mi cruz!

Quimérica, visionaria, loca mi alma, se desvela... Trema sus alas y vuela más blanca que una plegaria!

Andrés Terzaga.

¿Quién soy?

I
Soy rubicunda mujer, soy una sílfide ondina, de cara super-divina nacida para querer!... ¿Sabes quién soy? la mejor de las huries de Apolo; Soy la música de Eolo en la guzla del amor!

II
Viví en la ciudad sagrada de los gnósticos de Eón; como un ensueño tritón fui por todos codiciada!... Y en un zafiro tul envuelta, como un anhelito, remonté mi excedido vuelo hasta llegar a Stambul!

III
Vates de rubias gudejas con sistros y guzlas de oro en armonioso coro me hicieron oír sus quejas; Y luego me coronaron con mirros, pámpanos, rosas, después, en bellas carrozas por Stambul me pasearon.



—No entren: la señora Alemania está cambiando de ropa.

IV

Crucé el Mármara sonoro una apacible mañana vestida de filigrana en una góndola de oro... Gallarda, oitiva y egregia fui por Oriente paseada, y con orquídeas laureada por una princesa regia.

V

Del pálido anacoreta soy el elixir divino y de un paje florentino soy égida triunfal de asceta. Soy refulgencia auroral y aljófara de la cisterna, fui farolillo y linterna de una marquesa oriental!

VI

Soy el alma del paisaje cuando el crepúsculo muere, soy el suspiro que hierve a la noche en su pasaje: Soy la linfa cristalina, la efervescencia del lago; soy del náutico el halago y soy égloga divina.

VII

Soy el trasunto de todo lo bello, que el mundo habita; un ensueño moscovita en la cítara de un godol! Soy del Poeta estandarte y lirismo de su ofrenda, soy una exótica prenda soy una mujer baluartel

VIII

Tengo de Psiquis las alas, de Isis la esclavitud, de Hebe la juventud, y de Cupido las galas... Soy bella como es el día, impero con magnitud, ¡Porque soy la excelitud, porque yo soy... La Poesía!

Francisco Alemán.

Gallardía

a Azucena Lascano.

Señora. De caballero es llevar como blasón los actos del corazón en la punta del acero;

pero si al amor sincero, se paga con sinrazón, sacrifique su pasión quien se tilda caballero!

Por cuanto vengo, señora, a exigir de vos, ahora, franqueza; pues no me explico

cómo me dices a prisa, —"te amo!—y manejas la risa, lo mismo que tu abanico".

Carlos Abregú Virreira.

UNA TRANSFORMACION SALVADORA

Por todo aquello...

Por el ensueño fugaz que en nuestro idilio vivimos: por aquello que perdimos al perder la vieja paz;

porque ya nunca, jamás, sentiré lo que sentimos: porque si ayer nos quisimos hoy te adoro tal vez más;

por todo aquello que muere porque el recuerdo me hiera con un zarpazo mortal,

he soñado algo increíble: ¡no es pretender lo imposible conmoverte con mi mal!

M. Agromayor Santiago.

La modista

I

Allí va, con su paso medido, —es un ánfora azul de misterios— voluptuosa, como una paloma, perfumada, como un jamiznero, la modista graciosa y galana de los barrios pomposos del centro.

II

Hay un vago soñar en sus ojos de un azul clarihondo y risueño, que iluminan, cual claras estrellas, en el mágico techo del cielo, con la inquieta dulzura llorosa del rocío más puro y más bello...

III

¡Oh, gentil expresión de su porte! ¡Se dijera que en él hay un sello de la estirpe gloriosa, ya extinta, que habitara países helénicos! Allí va, con la suave gavota de su pié pequenito y travieso...

IV

¿Quién no siente el trono inasible de su encanto?, ¿quién el experto fulminar de sus ojos divinos resaca, y los amorosos sueños de su alma de pájaro libre que trae en el pico el canto del cielo?...

V

Allí va, con su paso medido —es un ánfora azul de misterios— atraviesa a saltitos las calles, en el ritmo del paso viviendo: ¡Yo adivino con alas sus hembres y su mente poblada de ensueños!

VI

Allí va... suspirando las dichas que le aporta su frágil imperio, más riante que el alba gloriosa, aun más bella que el Sol en el cielo, aun más ave que el ave que surca el espacio infinito y eterno.

VII

Yo brindarle quisiera la estrofa más florida y joyante del verso, do la clara armonía del alma, en cesele connubio de besos, acaricia la forma divina de la eterna ilusión de lo bello.

Sagunto Torrcs.

La voz del silencio

¿Todavía te acuerdas? ¿Todavía hay un recuerdo para mí en tu mente? ¿Acaso te acuerdas de aquel día en que hablamos los dos, secretamente?

¿De aquella tarde, en que la senda umbría del bosque, fué nuestra confidente? ¿De aquella hora, en que la luz moría? ¿Del banco? ¿Del arroyo? ¿De la fuente?

¿Ya no me perteneces? ¿No me quieres? ¿Ya como antaño para mí no eres, y los afanes de mi amor son vances?... Guardé silencio. Me miró muy hondo, de mi alma no se qué leyó en el fondo que nada dijo. ¡Y me besó las manos!...

Antonio Talavera.

Retorno

Hoy vuelvo a tu mansión, bella criatura, con el placer que experimenta el bueno, al sentirse otra vez en casto seno rodeado del amor, sin donosura.

He hollado la senda de amargura y era tanta mi sed, que un cáliz lleno, de licores bebí—mortal veneno— que aumentó mi pesar a la ventura.

Y vuelvo del desierto como el paria que olvidando su Dios y su plegaria a los vergeles del amor camina.

Elevemos el alma con un grito se eleva hasta lo azul del infinito que es todo un mar de ensoñación divina...

Carlos A. Barry.

Costurerita

Costurerita ¡qué amarga pena cruzó por tu alma sencilla y buena; aquella tarde en que a hurtadillas te vi llorar?

Abreme tu alma; no será en vano, pues más que amigo será tu hermano... Si, sé que ocultas grave pesar

porque una lágrima cálida y pura sobre la nieve de tu costura como una blanca perla cayó;

mientras la máquina indiferente a la tristeza que hubo en tu frente, de una batista los finos bordes encadenó...

Héctor Brizio

Los caballos que se empacan

El doctor John G. Longbeate, de Avandale, Okloama, es quizás el único médico hasta ahora que haya abandonado el tratamiento medicinal de sus semejantes para dedicarse a la tarea de curar animales. En términos generales, nunca supo una palabra sobre caballos, hasta hace tres años, y por consiguiente, fué una víctima muy fácil para un astuto tratante en caballos de la vecindad, con quien concertó un cambio, y éste aprovechándose de su confiada inocencia, le entregó un caballo de muy buena presencia, pero que era el animal más empacador (armador) de toda la comarca, que no valía ni quince pesos, pues no servía ni para viajes ni para ningún otro objeto, mientras que el doctor le dió en cambio, otro que estaba valuado en doscientos pesos.

Al día siguiente de haber hecho el negocio, el caballo se empacó en la calle principal frente a la oficina de correos, y allí estuvo empacado durante tres horas hasta que el pobre doctor pudo hacerlo caminar. Todo el mundo se reía a carcajadas del pobre médico; nadie inspira simpatías cuando se deja engañar en un negocio de caballos, pero en este caso era tan grosero el engaño que muchas personas de buen corazón manifestaban su sentimiento porque el pícaro tratante no hubiese elegido otra víctima para hacer su negocio.

El doctor Longbeate no dijo una palabra; se llevó tranquilamente su caballo, cuando éste se cansó de estar parado allí.

Con la mayor sorpresa de todo el mundo, el caballo, al ser presentado poco después, había dejado de ser empacador: el animal marchaba bien sin demostrar la menor tendencia a empacarse. No solamente hizo su aparición esta vez, sino que continuamente viajaba con su caballo, que le prestaba muy buenos servicios, y seis meses más tarde volvió a negociar el caballo con el mismo contratante recibiendo cien pesos de ganancia.

Esto ha sido suficiente para darle inmensa fama como gran experto en el manejo de caballos empacadores, y se los traían a montones para que los curase. El curaba a derecha e izquierda tan pronto como se los traían; el tratamiento de cada caballo duraba alrededor de dos semanas, y si ocurría que no quedase radicalmente curado, una segunda aplicación del tratamiento jamás dejó de dar un resultado completo y eficaz. Nadie tenía la menor idea respecto del método de tratamiento que usaba, y el médico por su parte guardaba el mayor secreto sobre su sistema de curación; sin embargo, hará cosa de dos meses fué llamado para demostrar su habilidad en uno de los más famosos caballos de trote de los tiempos modernos; se trataba de un animal que de cualquiera manera valdría de 20 a 30.000 pesos, pero que en el último año se había desarrollado en él una incurable manía de empacarse que le había quitado su valor y se temía que haciéndose hereditaria afectase el valor de su descendencia.

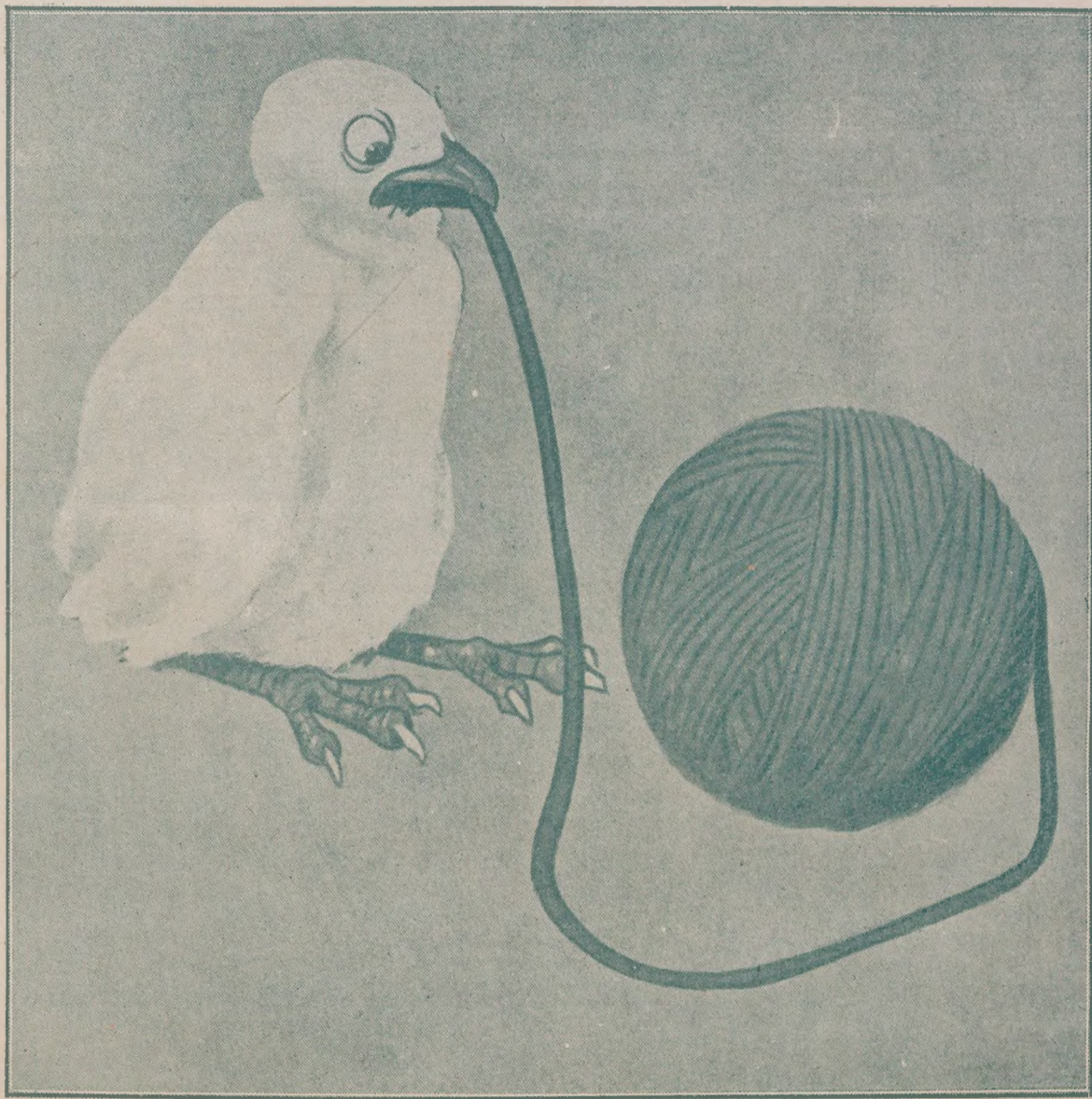
Sus propietarios, que eran los miembros de un sindicato, no tenían la menor fé en el tratamiento del doctor Longbeate, pero le ofrecieron pagarle una cantidad igual a su valor si lo curaba; empezaron por alentarse cuando el médico manifestó que sus honorarios serían solo la tercera parte del valor que se le suponía en buenas condiciones, es decir, 10.000 pesos; pero como el animal en las condiciones en

que estaba no tenía valor alguno, convinieron en pagarle esa suma siempre que el doctor revelara el secreto de su tratamiento en caso de éxito. Así quedó convenido; el doctor se llevó el caballo dominado por la manía de empacarse, en ese estado taciturno, de inmovilidad, de enojo y de incomodidad que es característico en los caballos empacadores. Inmediatamente le aplicó una buena inyección de cocaína; a los tres minutos desapareció la expresión melancólica de los ojos del caballo y éste empezó a mover la cola y a mostrarse contento, y luego comenzó a trotar tan alegre y de tan buena gana como pudiera hacerlo el caballo de mejor carácter. Este tratamiento fué renovado tres o cuatro veces a intervalos aumentados, cada vez que el animal empezaba a sentirse importunado por la manía de empacarse, con el resultado de que cuando se empezaba a sentir mal, recordando sin duda lo bien que se sentía después, no se obstinaba y terminó por perder por completo la manía de empacarse. El sindicato, realmente contento de volver a tener su caballo tan bien como antes, entregó inmediatamente los 10.000 pesos.

Cómo nació el acordeón

El popular cuanto desagradable acordeón, instrumento músico del género del órgano, es hijo, digámoslo así, del pequeño aparato llamado tipófono, inventado en París por un mecánico apellidado Pinsonnat. Dicho aparato

¡DEEROTADO!



—¿Y si no se me acaba el gusano?

dió al mecánico Eschembach la idea de reunir varias lengüetas, afinadas convenientemente, formando escala en una misma placa que dejaban oír sucesivamente sus sonidos, pasándolas rápidamente a través del soplo de la boca.

Atribuyen también el invento del acordeón a Damián, quien construyó uno en Viena en 1829 sobre el principio de la guimbarda, que se hacía vibrar con el soplo. Bien pronto se aumentó el número de lengüetas, aumentando también el tamaño del aparato, y cuando fué insuficiente el aire de los pulmones, se le añadió un pequeño fuelle y una serie de teclas o pistones, resultando un acordeón muy primitivo y de manejo bastante incómodo, pero siguió el progreso unánimemente a sacar partido de la invención de este instrumento, y acumulándose invento sobre invento aparecieron en el espacio de pocos años muchos instrumentos similares de diferentes formas y proporciones, entre los cuales pueden mencionarse el melófono, el bandeón, el eolodion, el aerófono y otros.

El estandarte turco

El estandarte sagrado del Profeta está envuelto en catorce envolturas de tafetán verde y encerrado en un estuche forrado de tela verde que contiene también un Corán, escrito por el Califa Omar, y las llaves de plata de la Kaaba o sepultura de Mahoma que Selim I recibió de manos del jerife de la Meca.

El estandarte mide tres metros de alto y el ornamento de oro, una mano cerrada, que lo remata, contiene otro ejemplar del Corán escrito por el Califa Osman III, sucesor de Mahoma.

En tiempo de paz se guarda este precioso estandarte en el salón del "Noble vestido", nombre que se da al traje usado por el profeta. En el mismo salón donde se conserva la túnica se guardan también otras reliquias venerandas del imperio: los dientes sagrados, la santa barba, el sagrado estribo, el sable, y el arco de Mahoma y las armas y armaduras de los primeros califas. En tiempo de guerra se arma una magnífica tienda de campaña para guardar el sagrado estandarte sujeto con anillas de plata a un asta de ébano.

Esta costumbre trae a la memoria el pequeño templo en que se depositaba el Aguila de las legiones romanas, según cuenta Dionisio Casio. Al finalizar la campaña el sagrado trozo de seda verde, que constituye el estandarte, se vuelve a guardar con toda solemnidad en un arca ricamente ornamentada.

Hasta la época presente el estandarte ha sido un verdadero talismán para los turcos y ha servido para inflamar el valor de los defensores del islamismo en sus batallas contra los cristianos. Pero tan sagrada bandera no se ha desplegado nunca hasta el último extremo. Es la señal para poner en juego todos los esfuerzos y salvar el imperio. A los cristianos no se les permite detenerse ante el estandarte ni mirarlo siquiera.

AVENTURAS DE PIPIRÍ

